

Señales para optar por un **nuevo rumbo**

Resumen del estudio “Una Alemania sostenible en un mundo globalizado” elaborado por el Instituto de Wuppertal para Estudios del Clima, del Medio Ambiente y de la Energía

Señales para optar por un nuevo rumbo

Título original: Wegmarken für einen Kurswechsel. Eine Zusammenfassung der Studie „Zukunftsfähiges Deutschland in einer globalisierten Welt“ des Wuppertal Instituts für Klima, Umwelt, Energie

Editores: Brot für die Welt (Pan para el Mundo), www.brot-fuer-die-welt.de, BUND für Umwelt und Naturschutz Deutschland e.V. (Sección alemana de Amigos de la Tierra), www.bund.net, y Evangelischer Entwicklungsdienst e.V. (Servicio de las Iglesias Evangélicas en Alemania para el Desarrollo), www.eed.de

Autor: Uwe Hoering

Traducción: Camilo Salamanca

Redacción: Michael Frein, Jürgen Reichel, Jule Rode (encargada), Danuta Sacher, Klaus Seitz.

Junio de 2009

Impreso en papel 100% reciclado, cuya fabricación es neutral en lo relativo a la generación de CO₂ y certificado con el sello medioambiental Ángel Azul (Blauer Engel).

Contenido

- 2 Prólogo del editor**
- 4 Introducción**
- 6 ¿Dónde nos encontramos?**
 - 6 Pocos adelantos en las tareas pendientes
 - 7 Vivir a lo grande
 - 10 La globalización contraataca
 - 11 Los perdedores de la globalización
 - 12 Una cuestión de justicia
- 14 Rumbo equivocado**
 - 14 ¿Qué tipo de crecimiento?
 - 15 Dominio del mercado
 - 16 Civilización fósil
 - 17 Continuismo
 - 18 ¿Cuánto es necesario?
 - 20 ¡Cambiar ahora!
- 21 Visiones**
 - 21 El derecho de hospitalidad para todos
 - 23 Bienestar ecológico
 - 24 La sociedad participativa
 - 25 Toda la economía
- 27 Obras en construcción**
 - 27 Cambio hacia una economía solar
 - 29 Oportunidades de la eficiencia de recursos
 - 30 Primacía de la política
 - 31 Renacimiento de las regiones
 - 32 Compartir el trabajo de forma justa
 - 33 Camino hacia una política interior mundial
 - 34 Responsabilidad en las cadenas productivas globales
 - 36 Nuevas reglas en el comercio mundial
 - 38 Las ciudadanas y los ciudadanos ejercen su influencia
 - 39 Lo privado es político
- 40 Los actores del nuevo rumbo**

Prólogo de los editores

El estudio “Alemania sostenible en un mundo globalizado” se publicó a mediados de octubre de 2008, cuando se puso de manifiesto todo el alcance de la crisis de los mercados financieros, que se convirtió rápidamente en una crisis económica que afecta en mayor o menor grado a prácticamente todos los estados. Los gobiernos estaban completamente desprevenidos, razón por la cual reaccionaron de forma exaltada, demandando una regulación de los mercados financieros (la que aún queda pendiente), pero, sobre todo, implantando medidas de emergencia, paquetes de rescate para los bancos, medidas para amortiguar el desplome de empresas afectadas y programas coyunturales de miles de millones de euros. La finalidad es estabilizar la situación y después “a seguir así”, por la senda del crecimiento. Para después del temporal se prevén ya tasas de crecimiento positivas. Este modelo de reacción es tan acostumbrado como fatal. Si bien, a corto plazo, el shock del colapso bancario había sacudido ese escenario quimérico de poder vivir a crédito, por los siglos de los siglos, ahora, se busca retomar el antiguo itinerario del crecimiento, por medio de titánicos programas de adquisición de deudas. La senda acostumbrada parece ser la más simple; no obstante, ésta no encaminará a Alemania hacia la sostenibilidad.

En la actualidad, por causa de las señales de alarma en la bolsa de valores, ocasionadas por la crisis económica actual, las señales de alarma de la naturaleza y los seres humanos, muy alejados de dicha bolsa de valores, se ven relegadas a un segundo plano. Se hace caso omiso a que estas últimas son señales de una crisis mucho más profunda, la crisis de la destrucción de los fundamentos naturales de la vida en nuestro planeta, la crisis de la pobreza y el hambre en el mundo.

Desde la celebración de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, en 1992, el principio de la sostenibilidad ofrece una solución a esta crisis de la humanidad. El estudio “Alemania sostenible en un mundo globalizado” presenta un sobrio balance acerca de los avances en el camino hacia la sostenibilidad, en Alemania y en el resto del mundo. A pesar de toda la retórica de sostenibilidad, a pesar de proyectos positivos aislados y de ciertos cambios, el balance general refleja claramente que Alemania, y el resto del mundo, no se mueven por la senda de la sostenibilidad. Todo lo contrario: los problemas como el cambio climático, la biodiversidad o el hambre en el mundo se agudizan más aún. Estamos muy distantes de un estilo de prácticas económicas y un modelo de bienestar sostenible y aplicable para todo el mundo. Al mismo tiempo, la cuenta regresiva para la aplicación de medidas correctivas es cada vez más apremiante. Por tal razón, el estudio exige y se compromete en pro de un cambio de rumbo. Muestra posibles soluciones, para todos los ámbitos: internacional, nacional y local, desde las empresas hasta la vida personal. Aboga por el establecimiento de una primacía de las instancias políticas sobre las económicas y del bienestar común sobre los intereses económicos; insta a la reconstrucción de la sociedad industrial en aras de una reestructuración ecológica y de prácticas económicas sostenibles. Defiende un proceso de conversión tecnológica, acompañado de una transformación de la civilización.

Es necesario encauzar de forma apropiada tal tipo de cambio radical de rumbo; en consecuencia, una condición previa de éste cambio es un amplio debate en el seno de la sociedad. Este es el debate que desean iniciar los editores del estudio. El positivo eco del que ha gozado el estudio muestra que la sociedad acepta de forma

atenta e interesada tal tipo de debate acerca de crecimiento y valores, capitalismo y justicia, globalización y regionalización, en una época caracterizada por la incertidumbre y la falta de orientación, por la desazón causada por la trillada retórica política.

El libro logró captar la atención de muchos lectores y lectoras; asimismo, pudieron escuchar estas tesis muchas personas que asistieron a un gran número de eventos organizados por voluntarios y voluntarias y por colaboradores y colaboradoras de las diferentes instituciones encargadas de la publicación, en ocasiones, de forma conjunta. Para provocar una discusión aún más amplia, actualmente se elaboran materiales didácticos, se desarrolla una exhibición y se ha procedido a elaborar el presente resumen del estudio. Éste es un documento independiente que resume los contenidos principales del estudio; por medio de su traducción al inglés, francés, portugués, ruso y castellano, esperamos alcanzar la divulgación del estudio en el ámbito internacional.

Si bien “Alemania sostenible en un mundo globalizado” es un estudio que hace especial referencia a la situación específica de la República Federal de Alemania. No obstante, los problemas y las soluciones presentados podrían transferirse

a otros países industrializados.. Es un estudio enfocado en la globalización, sus consecuencias y la imperiosa necesidad de una reestructuración. Es un estudio plenamente comprometido con la causa de la justicia internacional. Por ende, es una consecuencia lógica que, nosotros, en calidad de instituciones publicadoras, queramos diseminar este debate más allá de Alemania, especialmente con nuestras organizaciones contraparte internacionales. Los editores expresan su más profundo reconocimiento y agradecimiento al autor del presente resumen, señor Uwe Hoering. En rigor, resulta difícil la labor de condensar en 40 páginas el contenido de un estudio de más de 600 páginas.

Esperamos que el presente resumen sirva para dar un nuevo impulso hacia una forma de pensar alternativa y vivificar nuevas formas de actuación. Estamos plenamente convencidos de que así ofreceremos el halo de esperanza requerido para hacer frente a las crisis de la actualidad. Tal como se afirma al final del estudio, con la frase escrita en prisión por Antonio Gramsci: “El pesimismo es un asunto de la inteligencia; el optimismo, de la voluntad”, las cristianas y los cristianos agregarían al respecto: “En la senda de la justicia está la vida” (Pro 12:28).




BUND – Amigos de la Tierra, Alemania
 Prof. Dr. Hubert Weiger, Presidente
 Dr. Angelika Zahrnt, Presidenta Honorífica



Pan para el mundo
 Cornelia Füllkrug-Weitzel, Directora-Presidenta



**Servicio de las Iglesias Evangélicas en Alemania
 para el Desarrollo (EED)**
 Wilfried Steen, Miembro del Comité Ejecutivo

Introducción

¡Alemania debe estar preparada para afrontar el futuro! Todo parece indicar que esta reivindicación goza de una aceptación generalizada, ya que en la actualidad todos los sectores hablan de estar preparados para afrontar el futuro, es decir, de sostenibilidad. Prácticamente, no existe empresa alguna que no haya publicado un informe medioambiental o de sostenibilidad y que no haya introducido los sistemas de gestión correspondientes. El Gobierno Federal Alemán ha adoptado una estrategia de sostenibilidad y ha convocado al Consejo para el Desarrollo Sostenible, el cual lo asesora en la aplicación de dicha estrategia. Asimismo, la Organización de las Naciones Unidas apoya dichas iniciativas y titula los años comprendidos entre 2005 y 2014, como la Década por un Educación para la Sostenibilidad.

Pero no solo el término goza de gran auge; de la misma forma, ha variado la conciencia pública: con su película “Una verdad incómoda”, Al Gore ganó un premio Oscar y, junto con el Panel Intergubernamental del Cambio Climático, recibió el Premio Nobel de la Paz en 2007. Asimismo, ha aumentado el volumen de ventas de productos provenientes de comercio justo y de producción ecológica. En Alemania, la cuota de energía renovable en la producción eléctrica alcanza el 17 %. Estrellas de Hollywood conducen automóviles híbridos eléctricos; en Alemania, incluso, los medios de comunicación más conservadores, como el periódico alemán amarillista “Bild”, se ocupan del tema de la protección del clima. En resumen, la sostenibilidad está de moda.

¿Ha llegado a su fin la fase de la euforia neoliberal y de la globalización rampante? Por lo menos, las primeras reacciones en los ámbitos políticos, ante la agravación de la crisis financiera en otoño de 2008, indican que es así. Pero, especialmente, la crisis climática genera una desazón en todos los sectores sociales, políticos y económicos: la naturaleza comienza a vengarse. Aún más:

el cambio climático ha comenzado a amenazar la estabilidad de la economía mundial. Este desasosiego se ve agudizado por factores como la crisis energética, la alimentaria y, ahora, la crisis del mercado financiero, que damnifica la economía real y amenaza menoscabar los cimientos de la economía mundial capitalista, tal como aconteció en los años 1930. Es cada vez más evidente la sensación de que es necesario actuar. El auge de los países umbral, especialmente de China e India, agrava la situación por causa del consecuente aumento vertiginoso del consumo de recursos y de las emisiones de gases invernadero. Hay una mayor conciencia de que ahora está en peligro nuestro futuro. Se hace fehaciente la necesidad de un cambio.

No obstante, el hecho de que todos hablen hoy de sostenibilidad, de ninguna manera significa que todos entiendan lo mismo por este término. Con frecuencia, la sostenibilidad se utiliza como una etiqueta cualquiera, se reduce a tan solo un aspecto, o se utiliza sin significado alguno. A pesar de la retórica de conmoción general ante la crisis climática y de las secuelas de la globalización, en muchos sectores de la política, la economía y la vida en general, todo sigue su rumbo habitual. Los países ricos, con su modelo de exportación de la industrialización fósil, continúan sus prácticas nocivas para el medio ambiente en general. Por medio de la liberalización de la economía mundial se asegura el libre acceso a todos los mercados y países. Mientras tanto, para los pobres, la promesa de un desarrollo recuperativo es un hecho fútil. Ya desde hace mucho tiempo hemos podido constatar que la liberalización y la globalización económicas no generan mayor equidad: una pauperización y miseria cada vez mayores van acompañadas de un enriquecimiento desmedido.

La visión de estar preparados para “afrontar el futuro” o de un “desarrollo sostenible” es una forma de enseñar el camino para modificar este modelo. Su objetivo es, ni más ni menos, lograr un cambio de paradigma en todos los ámbitos. Su meta es la conservación de los principios básicos naturales de la vida, de la justicia social, y

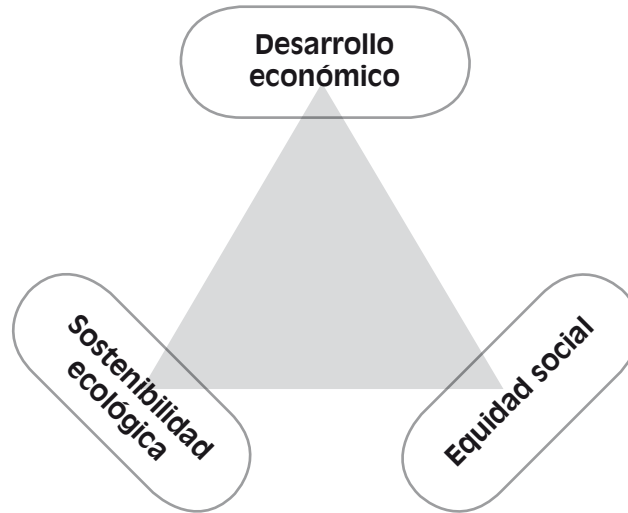
un desarrollo social y económico equilibrado, sólido, y autodeterminado para todos los países.

Las estrategias de sostenibilidad actualmente aplicadas se encuentran aún muy lejos de tal tipo de nuevo paradigma. Tan solo se enfocan en corregir la ruta, con una clara brecha entre la retórica y la práctica. Las iniciativas hasta ahora empleadas no han logrado ofrecer protección al medio ambiente, estabilizar la economía, ni reducir el número de personas en la pobreza. Los intereses económicos y el *shareholder value* siguen siendo determinantes al momento de aplicar el dictado del crecimiento o los criterios de competitividad corporativos.

Esto se debe, entre otros factores, a que en la práctica, la interpretación que se da al muy citado triángulo de la sostenibilidad lleva al absurdo su intención original. Según la interpretación generalizada de sostenibilidad, para zanjar los conflictos existentes entre el desarrollo de índole ecológica, social y económica, es necesario dar el mismo rango de importancia a estos tres factores. Sin embargo, con el argumento de que esta categorización no debe ser algo rígido sino, más bien, flexible y dinámico, se ha perseverado en las prácticas acostumbradas, sin modificación alguna, bajo la etiqueta de “sostenibilidad”. Esto significa, de hecho, que se le sigue dando primacía a los intereses económicos y solamente después, en un segundo plano, se adhieren cuestiones sociales y ecológicas, si esto se considera oportuno. Por ejemplo, según esta lógica, la construcción de una nueva autopista se considera, en sí, algo socialmente sensato, por los puestos de trabajo que genera; un biotopo para anfibios a orillas de la autopista hace de ésta un proyecto “sostenible”, que asegura ganancias, puestos de trabajo y ranas para el futuro.

Se requiere superar esta forma de pensar y de actuar. Criterios de Derechos Humanos y limitaciones ecológicas deberían establecer el marco para definir y, si es necesario, confinar los objetivos económicos. Aquí, un factor decisivo es regular y estimular los mercados de tal forma que se orienten hacia el bien común y según los intereses de la sociedad global.

Paradigma obsoleto: Triângulo da Sustentabilidade



La pregunta ahora es: ¿qué debería hacer Alemania con el fin de estar preparada para afrontar el futuro? Para responder a esta pregunta, inicialmente, es necesario aclarar en qué forma Alemania contribuye a la crisis actual. ¿Dónde nos encontramos? ¿Qué adelantos hemos logrado? ¿Cuáles son las coordenadas fundamentales que nos llevan a una situación en la que la realidad va clara e insistentemente en contra de la retórica y los condicionalismos? Y, finalmente, ¿dónde se encuentran los elementos que se requieren para emprender un cambio cardinal de orientación?

Al momento de analizar la situación podemos reconocer importantes modelos útiles para lograr un cambio de paradigma. Por ejemplo, un concepto diferente de crecimiento y de bienestar. Estos modelos pueden servirnos de brújula para un cambio, para una nueva forma de gestión política y comportamiento social y, así, ayudarnos a trabajar concretamente en los muchos proyectos pendientes en el camino, hacia una sociedad preparada para afrontar el futuro. Los paradigmas, modelos y soluciones existen ya desde hace mucho tiempo. Ahora, de lo que se trata es de aplicarlos; incluso, si es necesario, en contra de intereses, prácticas y constelaciones de poder opuestos.

¿Dónde nos encontramos?

En 1992, se reunieron en Río de Janeiro los jefes de Estado y de Gobierno de un total de 176 países, en atención a la convocatoria de la Organización de las Naciones Unidas para la celebración de la Conferencia sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, UNCED. Allí, el objetivo era lograr que las agendas local, nacional e internacional se enfocaran en un modelo de “desarrollo sostenible”. Cuatro años más tarde, las organizaciones BUND, la sección alemana de Amigos de la Tierra, y Misereor presentaron el estudio *Alemania sostenible*, publicación que, de la misma manera que el nuevo Estudio del Instituto de Wuppertal para Estudios del Clima, del Medio Ambiente y de la Energía, provocó un intenso debate acerca de la sostenibilidad. La cuestión es, ¿cuánto se ha alcanzado hasta el momento? ¿Qué logros se han conseguido? ¿Está Alemania mejor preparada para afrontar el futuro?

Pocos adelantos en las tareas pendientes

Doce años después de la publicación del primer estudio *Alemania sostenible*, el balance medioambiental deja mucho que desear. En términos generales, los objetivos a corto plazo allí formulados no han podido cumplirse. Y ante las tendencias que podemos observar en el campo del desarrollo, todo parece indicar que tampoco se podrán cumplir los objetivos de sostenibilidad establecidos a largo plazo. No se presentaron cambios radicales, tan solo correcciones en el rumbo sin una nueva orientación.

En general, en Alemania no reinan mejores prácticas de protección del medio ambiente que en el pasado. Si bien las instancias políticas han reaccionado, por ejemplo, adoptando la estrategia nacional de sostenibilidad y el programa de

protección climática, las medidas presentan deficiencias en su diseño y aplicación. En sectores aislados, como en la lucha contra la lluvia ácida, se han alcanzado logros parciales notables. En el campo de la energía renovable, Alemania asumió un papel pionero en los ámbitos tecnológico y político acerca de cómo proteger los recursos.

No obstante, en este país han aumentado la demanda y el consumo de materias primas, como metales, petróleo y carbón. La demanda de productos animales y vegetales mantiene un muy alto nivel. El consumo de energías primarias permanece, desde hace 15 años, en un nivel muy elevado. La cantidad de fertilizantes y pesticidas que se utilizan y son nocivos para el medio ambiente no decrece. Las acciones de reducción y de reciclaje de residuos son insuficientes. Cada vez más superficies se destinan a edificaciones y a vías de tráfico: desde hace años, el ritmo de ampliación de asentamientos y zonas de tráfico y transporte mantiene un nivel muy elevado. Si bien es positivo el hecho de que haya descendido considerablemente el nivel de emisión del gas invernadero, CO₂, respecto a la situación a comienzos de los años 1990, esto no se debe a medidas adoptadas por el sector político sino, más bien, es una consecuencia de los procesos de reestructuración de los ramos energético e industrial en el este de Alemania, en la fase posterior a la reunificación del país. La calidad del aire ha aumentado; no obstante, no se han alcanzado los objetivos de reducción de la mayoría de los gases nocivos.

Tal como otros países industrializados, Alemania es una sociedad en crecimiento. No solo la economía se centra en el crecimiento. Con frecuencia, éste se considera como una precondición para solucionar problemas sociales, para reducir la tasa de desempleo, para asegurar los puestos de trabajo, para financiar los sistemas de

seguridad social, para reducir la deuda oficial, y para proteger al medio ambiente de forma eficiente. No obstante, existe una clara tensión entre la orientación hacia el crecimiento y la sostenibilidad, ya que aquel implica una carga cada vez mayor para el medio ambiente.

La mayor parte de los problemas medioambientales proviene de lo que demandamos para satisfacer nuestras necesidades y mantener nuestras costumbres. Comidas y bebidas, nuestra vivienda y nuestros viajes, especialmente aquellos en vehículos privados y en avión: todo esto consume grandes volúmenes de materias primas y genera cantidades inmensas de emisiones. Por ejemplo, en el caso de la alimentación, el daño al medio ambiente comienza en la producción agrícola, continúa en el procesamiento, la fabricación y la comercialización de los alimentos y bebidas, y prosigue en su almacenamiento y preparación. En este contexto, las personas de las clases sociales superiores, en relación con sus mayores ingresos, con su educación y sus actividades profesionales, causan una mayor proporción de los daños medioambientales, a pesar de que muchos de ellos poseen una conciencia y una responsabilidad ecológica y hacen sus compras en tiendas naturistas y herbolarios.

Vivir a lo grande

Alemania no es tan solo un actor importante en el concierto económico mundial, sino también, a fin de cuentas, un ganador en el proceso de la globalización. La República Federal de Alemania, como país “campeón mundial de la exportación”, se beneficia por el hecho de que otros países compran cada vez más productos alemanes. Así, es posible mantener o aumentar el nivel del empleo, en la mayoría de los casos, con puestos de trabajo que requieren alta cualificación; ascienden las ganancias de las empresas; y se acelera el ritmo del desarrollo económico. Además de esto, las empresas alemanas invierten importantes volúmenes de capital en el extranjero, magnitud que va en ascenso. En la otra dirección fluyen, asimismo,

volúmenes considerables de bienes e inversiones desde el extranjero hacia Alemania.

La carrera global en pos del mayor rendimiento de capital posible se considera el núcleo del proceso actual de la globalización. Como consecuencia del creciente volumen de exportación de las industrias alemanas, especialmente de los sectores automotriz, químico y de maquinaria, se produce una externalización de los daños medioambientales hacia otros países. Acciones que las empresas elogian como medidas de aumento de la competitividad, como por ejemplo, la deslocalización hacia el extranjero de segmentos de producción que requieren un gran volumen de energía en la producción siderúrgica, solo representan una mejora cosmética del balance medioambiental alemán. También, la producción de textiles, de juguetes y de computadoras para el consumo en Alemania contribuye al aumento de

Recuadro: La huella ecológica

Las actividades económicas requieren recursos forestales, agua, tierra, carbón, petróleo, gas y uranio, pero también, espacio para desechos y biomasa para la captación de emisiones. La fórmula de la “huella ecológica” tiene en cuenta este gasto medioambiental y la demanda de recursos en un índice de superficie estandarizado. En 2003, la huella ecológica de los países industriales tradicionales era, por persona, seis veces mayor que la de los países pobres y dos veces más grande que la de los países umbral. En comparación con el nivel de 1975, esta huella creció considerablemente en los países industrializados y umbral, mientras que decreció en los países pobres.

	Huella / persona 1975 en ha. globales	Huella / persona 2003 en ha. globales	Variación 1975-2003 en %
Países industrializados EE.UU., UE de los 15, Canadá, Japón, Australia	5,54	6,62	23,4
Países umbral Selección de 16	1,99	2,85	39,6
Países pobres Selección de 12	1,22	1,13	-0,75

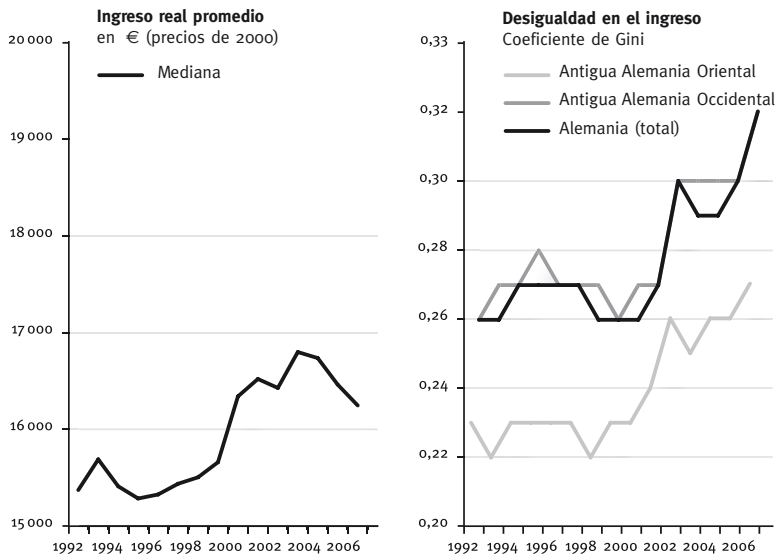
emisiones de CO₂ de los países productores. Asimismo, la explotación y el procesamiento de materias primas, como metales, petróleo, entre otras, que es necesario importar en volúmenes cada vez más altos, causan un deterioro medioambiental adicional en los países suministradores. En muchas regiones fuera de Alemania, gran parte de las actividades agrícolas se destina a suplir la demanda de pienso e insumos agropecuarios de nuestro país. Viajes a grandes distancias, servicios de transporte y líneas de producción transnacionales que distribuyen la fabricación de un producto entre diversos países, causan un mayor volumen de emisiones. En este contexto, el tráfico aéreo es especialmente nocivo para el medio ambiente. Por tales razones, la “huella ecológica” (véase recuadro) de Alemania es mucho mayor de lo que le corresponde: nosotros vivimos a costa del medio ambiente de otros.

También en el campo económico, el éxito de Alemania en la economía mundial representa un detrimento para otros países. Durante decenios, las tasas de exportación de productos *Made in Germany* alcanzaron siempre nuevos niveles récord. Para los países importadores, en los que los oferentes nacionales se ven relegados del mercado, esto causa un perjuicio en la economía y en el nivel de empleo. Tal tipo de pérdida de la independencia económica no representa tan solo una transgresión de la justicia económica, sino también un riesgo para la diversidad y la sostenibilidad de nuestro planeta. La preponderancia económica de Alemania y de otros países industrializados influye y destierra las singularidades sociales, culturales y ecológicas de las actividades económicas locales de muchas partes del mundo. Finalmente, éstas son homogeneizadas o desaparecen totalmente.

Como típico país industrializado, Alemania, de forma activa y a diversos niveles, es uno de los causantes de la persistencia de la actual situación crítica e injusta que afecta a nuestro mundo. Por medio de exportaciones y de inversiones extranjeras, Alemania contribuye a establecer un armazón de la economía mundial que no resistirá los desafíos del futuro. Las ganancias de Alemania en los mercados mundiales se obtienen, en gran parte, por medio de la expansión de prácticas económicas voraces hacia los países umbral, lo que causa un grave daño social y ecológico. Debido a que los patrones de producción y de consumo de Alemania siguen suponiendo un consumo excesivo de recursos y daños medioambientales, estas prácticas invaden una proporción excesivamente alta del limitado espacio medioambiental global. Este fenómeno va acompañado de la redistribución de la riqueza de otros países hacia Alemania.

No obstante, este no es el único lado oscuro de la globalización. Tampoco en Alemania, en el contexto interno, se ofreció una compensación sociopolítica a la estrategia de la liberalización económica. Desde hace varios años se presenta un descenso en el nivel salarial y la brecha entre

Ingreso real y desigualdad en el ingreso en Alemania



los altos y los bajos ingresos es cada vez mayor. Las ganancias provenientes de las exportaciones tampoco se distribuyeron de forma equitativa. El hecho de que Alemania se considere un adalid de las exportaciones y del crecimiento de las ganancias empresariales, pero que, en comparación con otros países industrializados, esté a la zaga en cuestiones de política educativa, social o salarial, contradice claramente los principios de la sostenibilidad. Y si en otros países los productores se ven relegados del mercado por causa de los productos provenientes de Alemania, esto va claramente en contra de una política de “la justicia internacional y la convivencia global”, tal como se reivindicaba en el estudio *Alemania sostenible*, hace doce años.

Al mismo tiempo, es posible reconocer una agudización de los riesgos y de las desventajas de la globalización. Incluso ahora, la economía alemana depende en grado extremo de las exportaciones. No obstante, no es posible ni deseable que el nivel de exportaciones vaya en constante aumento, por el simple hecho de que los mercados externos no pueden crecer *ad infinitum*. Además, todo parece indicar que ya entramos a las postrimerías de la era de la globalización, de la apertura rampante de los mercados, y de la rentabilidad sobre capital exorbitante obtenida por medios especulativos, todos ellos fenómenos cuyo principal motor fueron los bajos costes de la energía y del combustible. En el ámbito internacional, las negociaciones de la OMC, cuyo objetivo central es una mayor liberalización del comercio, se encuentran en un callejón sin salida. Cada vez más países exigen el derecho de aplicar instrumentos de protección de sus mercados ante la competencia extranjera, por ejemplo, en el sector de suministro de alimentos (seguridad alimentaria). Cuando se sobrepase el pico de petróleo (véase recuadro) y, muy rápidamente, el crudo se convierta en un bien escaso y costoso, los costes del transporte aumentarán drásticamente.

Por tal razón, la industria de exportación alemana deberá prepararse para el desplome de la globalización basada en la industria petrolífera;

Pico de petróleo

Mientras que los recursos energéticos fósiles son limitados, el consumo de éstos crece constantemente; incluso, desde finales de los años 1990, ha aumentado más de lo vaticinado, por causa del crecimiento económico mundial. Según los pronósticos actuales, el punto vértice de la producción petrolífera mundial (pico de petróleo) se alcanzará en el curso de los próximos 10 a 15 años. A partir de este momento, la brecha entre la creciente demanda y una producción en rápido descenso será cada vez mayor. Casi la mitad de los países productores de crudo ha sobrepasado el límite máximo de explotación petrolífera, entre otros, EE.UU., Noruega, Gran Bretaña y México.

entre más pronto, mejor. Es inevitable: la industria exportadora alemana está obligada a evolucionar, a basar sus actividades en tecnologías que permitan la utilización eficiente de recursos, una movilidad inteligente y el suministro de productos y gestión de desechos compatible con los principios medioambientales. De hecho, existen iniciativas muy prometedoras y económicamente viables. En cambio de posibilitar el acceso de “todos los chinos a su carro propio”, lo que haría realidad la aterradora visión de la sociedad global automotriz, la industria exportadora debería comprometerse a adoptar un papel modelo en la sociedad industrial y, por ejemplo, aplicar ideas que permitan desarrollar sistemas de tráfico y transporte públicos que garanticen la movilidad para la creciente población global, y que no sean nocivos para el clima de nuestro planeta.

La globalización contraataca

Tal como ocurrió en Alemania, desde la Cumbre de la Tierra de 1992 se han alcanzado algunos logros en el ámbito internacional, por ejemplo, el Protocolo de Kioto en el sector del cambio climático y el Protocolo de Cartagena, referente al comercio transnacional de organismos transgénicos. También, en las relaciones norte-sur se han desarrollado iniciativas de abolición efectiva de la pobreza (Objetivos de Desarrollo del Milenio de la ONU) y de reducción de la abrumadora deuda externa de los países más pobres. Por otra parte, gana cada vez más adeptos la idea correcta de que la política comercial y de subvenciones de los países industrializados tiene consecuencias negativas sobre los países del sur, y que las consecuencias del cambio climático afectan, primero que todo, a los que viven en la pobreza.

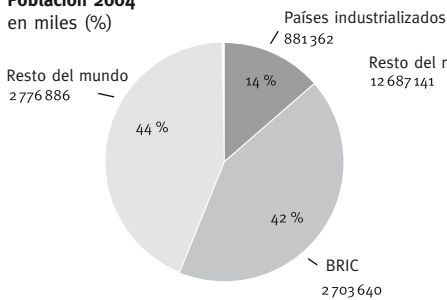
No obstante, hasta el momento no se han presentado cambios radicales. La biodiversidad de la flora y de la fauna sigue desapareciendo en Alemania, en Europa y en todo nuestro planeta. El nivel de CO₂ en nuestra atmósfera crece continuamente y las consecuencias del efecto invernadero se notan en todas las regiones: por ejemplo, en el huracán Katrina y en la desaparición de los glaciares. Existen estudios serios que indican que el cambio climático ya ha comenzado a afectar seriamente la economía mundial. Todo parece indicar que, ahora, la naturaleza contraataca.

La responsabilidad por causa de la explotación excesiva y la contaminación del medio ambiente se distribuye de forma muy poco equitativa: hasta el momento, habían sido, esencialmente, los países industrializados los que, con su “huella ecológica” sobreproporcional causaban una gran presión sobre la sostenibilidad en el mundo. No obstante, esta asimetría de la apropiación global de los recursos ha cambiado su comportamiento. Ahora, los países umbral se encuentran en el carril de velocidad. Aquí también, la globalización contraataca.

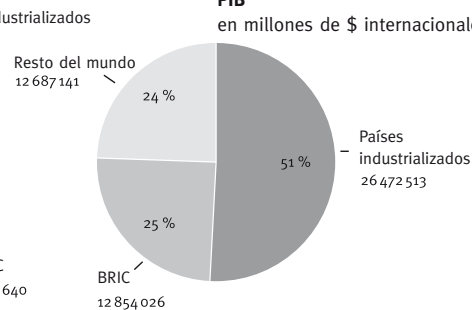
El apogeo de los países umbral de Asia y Latinoamérica, especialmente China e India, es un suceso de envergadura histórica. De esta manera, para esas naciones se cumple el augurio de alcanzar algún día el nivel de desarrollo de los países occidentales. Esto lo logran con el apoyo de empresas de países industrializados. En muchas ocasiones, la motivación de esa búsqueda global de mano de obra barata, de bajos costes de producción y de nuevos mercados, es la presión de los accionistas y agentes bursátiles de aumentar el *shareholder value*, la cotización de las acciones, el indicador económico decisivo para las empresas. Asimismo, en la mayoría de los países industrializados se constata un declive del ingreso real; peor aún: la diferencia entre los niveles altos y bajos de ingresos es cada vez mayor y las desigualdades sociales son cada vez más agudas. ¿Significa esto que los ganadores de la globalización no son los señores de Londres y Los Ángeles, sino los de Shanghái y Hanoi?

Desigualdad en el espacio medioambiental

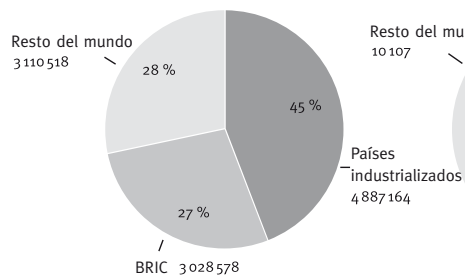
Población 2004
en miles (%)



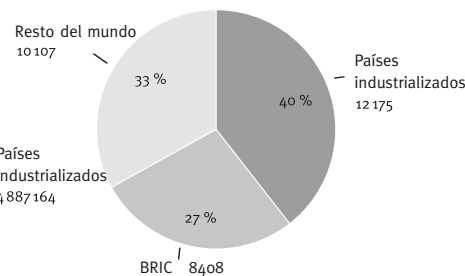
PIB
en millones de \$ internacionales



Consumo energético 2004
en miles de t. equivalentes de petróleo (%)



Emisiones de Co₂ 2004
en millones de t (%)



Países industrializados: Australia, Canadá, EE.UU., UE 15, Islandia, Israel, Japón, Malta, Noruega, Nueva Zelandia, Suiza
BRIC: Brasil, Rusia, India, China

El ansia que tienen países umbral como China e India, de alcanzar un nivel de desarrollo similar al de los países industrializados causa un incremento de las emisiones de gases invernadero y de la demanda de recursos, como petróleo, metales, alimentos, entre otros. En el marco del modelo de desarrollo actualmente predominante, su salida del estatus de países subdesarrollados y subordinados los conduce directamente hacia un modelo económico de depredación ecológica. El modelo de ascensión de Europa, obtenido a cambio del caos climático, de la escasez de petróleo y del desgaste de la biodiversidad, se basa en una apropiación muy inequitativa de los recursos naturales. Y ante una cuenta medioambiental mundial que se encuentra desde hace tiempo en cifras rojas, la presencia de nuevas potencias económicas mundiales ocasiona un estado de desequilibrio peligroso en la distribución de los recursos.

Los perdedores de la globalización

Mientras China, India y Brasil compiten con los países industrializados “tradicionales” por la predominancia económica y, cada vez más, por la supremacía política, otros países se ven segregados del sistema. Por ejemplo, la cuota de participación de África en el comercio mundial ha descendido a menos del 2 %. La globalización de algunos países ocurre simultáneamente con la marginalización de muchos otros, especialmente, de aquellos cuya economía no puede mantener el ritmo de competitividad que ha implantado el proceso de globalización. Para la mayoría de los países, las promesas de desarrollo resultaron ser simples quimeras. Una de las razones de esto es el pasado colonial, que se refleja en una estructura económica unilateral y dependiente, en instituciones estatales deficientes y en una mala infraestructura. En muchos países, el “desarrollo” ha ocasionado un sobreendeudamiento y la salida de recursos. La

aplicación de programas de ajuste estructural, que exigen el desmantelamiento de programas sociales y la importación de productos agrícolas baratos, contribuyen a una mayor pauperización del Estado y de la economía, y no al fomento de un desarrollo sostenible. Incluso, altas tasas de crecimiento, como las registradas en años recientes en algunos países africanos, no son suficientes, en lo más mínimo, para reducir la desventaja existente respecto a los países industrializados y a los umbral. Desde 1980 se registra una desigualdad considerablemente mayor entre los Estados. Desde la perspectiva económica, la divergencia en el mundo es cada vez mayor.

Pero también se acentúa la desigualdad dentro de los países mismos. El aumento de la renta nacional implica una mayor brecha entre los ricos y los pobres, tanto en el norte como en el sur. Por una parte, la globalización ha generado una clase consumidora mundial, según el modelo de la sociedad occidental de consumo. Mientras tanto, la propagación de nuestro modelo de consumo causa una carga adicional a nuestra biosfera, especialmente, por el creciente consumo de carne, de más coches y de aparatos eléctricos.

El antónimo del bienestar de la clase de consumidores internacional es la pobreza perenne reinante en los niveles inferiores de dichas sociedades desiguales: los sin tierra y los habitantes de los cinturones de pobreza urbanos; los minifundistas y los vendedores ambulantes; las mujeres y los trabajadores itinerantes autónomos. Ellos no poseen los medios ni el poder de salir de su difícil situación de vida. Con frecuencia, son víctimas de la política de ajuste estructural que lleva a la ruina a campesinos y campesinas. Los recursos del suelo, la tierra y el agua se utilizan para que los ricos puedan vivir de forma desmesurada, mientras que los demás son marginados y permanecen en la pobreza. Con frecuencia, la escasez de recursos se convierte en una amenaza para la existencia de aquel sector de la población en el que no recae ninguna culpa del deterioro del medio ambiente.

Recuadro: Los combustibles y el hambre

Es bastante cuestionable la contribución a la protección del clima de los combustibles agrarios – denominados eufemísticamente con el término de biocombustibles. Su cultivo extensivo causa la destrucción de importantes ecosistemas y perjudica claramente el suministro de pienso y de alimentos. Además de esto, debido al gran volumen de importación de estos productos, especialmente de aceites de palma, la mayoría de los países importadores, entre otros, Alemania, no reduce su dependencia de las importaciones para suplir la demanda nacional de combustibles.

Lo que hay en exceso en los países industrializados, escasea en los países más pobres: utilizan un monto mucho menor de recursos, desde fertilizantes y pesticidas hasta recursos tecnológicos, pasando por petróleo y carbón. Sin embargo, no es posible salir del círculo de pobreza y marginalización si no hay un nivel mínimo de aplicación de recursos, especialmente de energía. Es decir, que estos países tienen el derecho de destinar un mayor nivel de recursos hacia su desarrollo para, al menos, garantizar un nivel mínimo de vida a todos sus habitantes (línea de dignidad).

No obstante, casi todos los recursos son finitos. Es imposible ignorar los límites de los recursos petrolíferos y de las reservas de tierra y agua. Por tal razón, es cada vez más acuciante la cuestión de su distribución. El ansia de recursos representa un riesgo para la paz en el mundo. Esto se aplica a conflictos geopolíticos en los cuales se encuentran en desventaja aquellos países que no disponen de estos importantes recursos, cuyo precio aumenta constantemente y a largo plazo, y que no cuentan con el dinero para comprarlos. Pero también se presentan conflictos internos dentro de los países mismos: las personas se oponen al establecimiento de grandes centrales energéticas, minas y plantaciones de productos para agrocombustibles y de exportación, los cuales les roban su base de vida; los buques pesqueros de arrastre y los pescadores artesanales luchan por recursos marítimos en declive; los habi-

tantes de los cinturones urbanos de pobreza luchan por acceso al agua potable saludable. Con frecuencia, la necesidad de utilizar los ecosistemas como base para garantizar la supervivencia, entra en conflicto con los poderosos e influyentes intereses de explotarlos como bien industrial con el objeto de maximizar ganancias. Son las necesidades de subsistencia, en conflicto con las necesidades de lujo. Y el afán de privatización va en detrimento de los bienes comunales que deberían aprovecharse en beneficios de todos.

Una cuestión de justicia

Tal como para muchos otros países, para Alemania, la globalización de los últimos años ha sido una historia de éxito económico. En términos generales, ha aumentado el bienestar económico en el mundo. Sin embargo, al mismo tiempo, son más frecuentes las injusticias, los conflictos y la insatisfacción, la destrucción del medio ambiente, y la explotación excesiva de recursos vitales. La escasez de recursos se nota claramente en el aumento de los precios, lo que tiene amplias consecuencias sobre, prácticamente, todos los sectores de la vida y de la economía. Ante el fenómeno de “crecimiento sin empleo”, el retorno al pleno empleo no deja de ser un espejismo. La crisis alimentaria y la crisis de pobreza se empeoran por causa de la crisis económica. El crecimiento económico no trae bienestar para todos, sino que, cada vez más, también en los países umbral, va acompañado de desigualdades sociales. La pobreza perenne es característica en los países en vías de desarrollo.

También, las consecuencias ecológicas tienden a escorarse. Afectan a los grupos de población y a las regiones más pobres con mayor vehemencia que a los pudientes, quienes pueden permitirse una mejor protección para salvarse de aquéllas. La prosperidad económica va de la mano de la distribución de la riqueza de abajo hacia arriba, mientras que los daños medioambientales “se barren hacia afuera”, hacia los países del sur y hacia los grupos desfavorecidos de la sociedad.

La política y la opinión pública se enfocan cada vez más en los conflictos sobre los recursos, ocasionados por el crecimiento económico y agudizados por la globalización, y los consideran una cuestión de seguridad nacional. La agenda medioambiental se ve obligada a dar paso a la agenda de seguridad. En este contexto, jamás debemos olvidar que el agravamiento de los conflictos por materias primas, factores base de existencia y bienes comunes, son más que todo cuestión de una distribución justa. ¿Quién tiene qué tipo de derecho sobre el suelo, el agua, el petróleo y la atmósfera? Solo se podrá garantizar el derecho a la vida de muchos pobres en el mundo, si la clase global de hiperconsumidores frena su hambre de recursos naturales. Solamente cuando descienda el ansia de la industria y de la agroindustria por agua, tendrán suficiente agua los pozos de las aldeas. La apropiación no equitativa de los recursos conduce irremediablemente a la privación de los países pobres de sus medios de subsistencia. La explotación de recursos de los unos acrecienta el subdesarrollo de los otros.

Siempre y cuando los países industrializados sigan clamando por su derecho a la explotación excesiva de los recursos naturales globales, se seguirá negando el derecho de utilización de la biosfera en igualdad de condiciones, a muchas otras naciones. Los ricos deberán ceder en su afán por los recursos; de lo contrario, será imposible la convivencia pacífica de las naciones. No es posible alcanzar justicia en el mundo si se mantiene el nivel de consumo de los países industrializados. La cuestión es, si es posible, establecer modelos de bienestar que impliquen un gasto considerablemente menor de los recursos naturales; o si, para salvar al medio ambiente, la única solución es marginar a los pobres del bienestar.

Ante las experiencias y consecuencias negativas hasta ahora advertidas, un número creciente de ciudadanos en Alemania y otros países cuestionan seriamente la política de globalización. Es obvio el fracaso del paradigma neoliberal según el cual, la liberalización de la economía, el libre comercio y los procesos de privatización traen crecimiento y bienestar económico para todos los seres humanos. Es necesario abrir la puerta a una mayor justicia global que no deteriore las condiciones de vida en el planeta. Por tal razón, es imperioso que se cuestione y se reedifique el modelo de bienestar de la modernidad industrial. Sin ecología será imposible instaurar la justicia y, por ende, la seguridad, en el siglo XXI. Al mismo tiempo, se aplica la fórmula contraria: sin justicia social será insuficiente cualquier respuesta que pueda ofrecerse a los desafíos ecológicos.

Rumbo equivocado

¿Por qué el balance es tan negativo? ¿Por qué no se ha dado ningún viraje? ¿Qué coordenadas definen un rumbo que, a pesar de todos los conocimientos, promesas y algunos planteamientos positivos, sigue llevando al mundo a la destrucción del medio ambiente, a la propensión a las crisis y a la injusticia? Estas preguntas son básicas para la respuesta ante el reto que se plantea de inmediato: ¿qué mecanismos tienen que modificarse para operar el viraje necesario, para no quedarse solo con medidas de efectos a corto plazo o meros cambios cosméticos? O peor aún, ¿para creer y aceptar simples promesas de soluciones encaminadas única y exclusivamente a cimentar el statu quo?

¿Qué tipo de crecimiento?

Una de las coordenadas del rumbo que se ha seguido hasta la actualidad es el imperativo del crecimiento, la cual continúa dominando la programática de la vida política. Con promesas del tipo “la marea creciente levanta todos los barcos”, la política y la economía se permiten esquivar las preguntas por el reparto de la riqueza. El crecimiento se convierte en un tranquilizante frente a las reivindicaciones de reparto, y quiere utilizarse para mermar la agudización de los conflictos sociales en los ámbitos nacional e internacional. Con ello, la productividad, las ganancias empresariales y el rédito de las acciones ganan mayor importancia que la justicia social.

Un indicador que se emplea comúnmente para medir el crecimiento económico es el Producto Interno Bruto, PIB. Durante mucho tiempo, los índices de crecimiento iban a la par con el incremento del consumo energético y de las materias primas. Fueron las reservas, aparentemente infinitas, de carbón barato, de petróleo y de gas natural, las que hicieron posible

el crecimiento de la industria, del tráfico y del bienestar, en los últimos dos siglos. Además, en el cálculo del crecimiento de las economías y de las empresas no entraron los servicios gratuitos de la naturaleza, ni los costes causados por daños al medio ambiente. Así se logró el máximo aumento de la creación de valor de toda la historia.

Pero, hay que diferenciar entre el crecimiento de la renta nacional expresada, por ejemplo, en el PIB, y el crecimiento de la calidad de vida. Un parámetro meramente económico, como lo es el PIB, no sirve para medir la calidad de vida, ya que no abarca cuestiones de calidad y de distribución. Muchos factores que determinan la calidad de vida no pueden reflejarse en él, como son la integración social, la calidad del trabajo, los bienes comunitarios como los espacios naturales, y el alcance de la injusticia social. Y, además, la economía y la calidad de vida no crecen automáticamente de forma paralela: en Alemania, por ejemplo, en los últimos años, el nivel de la satisfacción personal se ha mantenido inalterado a pesar del incremento del PIB.

Más aún: el crecimiento económico capitalista no sólo desgasta el capital natural, sino que cambia profundamente las condiciones sociales en una sociedad (“el capital social”). Antiguas culturas campesinas quedan suplantadas, se desmiembran las relaciones dentro del núcleo familiar y en el círculo de allegados. La sociedad de competencia y consumo acuña nuevos valores y nuevas orientaciones de comportamientos, crece la individualización y decrece la solidaridad. Ello puede contribuir a una carga cada vez mayor o hasta a un rompimiento de las relaciones sociales. Y con ello aumentan, más rápidamente que los beneficios provenientes del crecimiento, no solo los costes ecológicos, sino también los sociales: el desgaste de la naturaleza y el número de perdedores. En este

sentido, en los países industrializados, sobre todo, el “crecimiento anti-económico” ya parece ser la normalidad. Sin embargo, esta contradicción no parece ser capaz de hacer temblar el sistema económico y social. ¿Por qué? Porque un número suficientemente grande de personas saca beneficios del hecho de que las ventajas se privatizen, pero que las pérdidas se socialicen o no se registren.

Una orientación puramente económica del crecimiento contradice la sostenibilidad global. El imperativo del crecimiento se ha convertido no solo en un fin en sí mismo, sino también en un peligro público, en una fuerza autodestructiva. El ascenso de los países umbral ha hecho visible, de forma drástica, la incompatibilidad del modelo convencional de desarrollo y la salvaguarda de la biosfera. Además, un desarrollo de recuperación que emula los modelos de crecimiento y bienestar de los países industrializados no contribuye a una mayor justicia, sino a la desintegración social de muchos colectivos. Asimismo, como consecuencia del cambio cli-

mático, cabe esperar una mayor pobreza, sobre todo en los países del hemisferio sur. Sólo cuando el crecimiento se rebaje a ser una opción entre otras, puede esperarse un capitalismo con un valor agregado ecológico y social.

Dominio del mercado

Por tal razón, ya no puede sostenerse la teoría de que el crecimiento económico es la fuerza motriz esencial para el desarrollo social. Al contrario, el cambio de rumbo hacia una mayor aptitud para encarar el futuro requiere despedirse del dogma del crecimiento y del neoliberalismo; de la idea rectora de la desregulación de la actividad económica; de la primacía de la eficiencia económica sobre otros objetivos como la ecología y la justicia; de una mayor liberalización de los mercados; y de una creciente privatización de los servicios públicos básicos.

Es menester, sobre todo, despedirse de la idea de que el mercado es capaz de solucionar todos los problemas y, además, del concepto de

Crecimiento económico y índice de satisfacción de vida en Alemania



que cuanto menos regulación política, mejor. La fuerza del mercado reside en su capacidad de velar continuamente, a través de la competencia, por un mejor empleo del capital, de los bienes materiales, de los seres humanos y del tiempo, para garantizar, así, la asignación óptima de los recursos económicos. Esto puede resultar bastante bien mientras dicha competencia funcione, lo que no es ni automático ni se da en todas partes, puesto que los países industrializados ricos, con predominio político y económico, tienen una supremacía sobre los países del sur. Dicha supremacía se basa en la ventaja que poseen en el nivel de desarrollo y en el poder económico de sus grandes grupos empresariales. Con frecuencia, aprovechan el endeudamiento masivo de muchos países en las negociaciones multilaterales y bilaterales sobre

tratados de libre comercio, subvenciones y patentes, para imponer sus propios intereses políticos y económicos. (Véase Recuadro: EPA)

Pero lo prevaleciente es que el mercado está ciego ante la ecología y la justicia: no puede limitar el consumo de la naturaleza ni garantizar una distribución justa de los bienes. Es decir que el mercado no es el mecanismo idóneo para imponer el cambio de rumbo necesario. Ahora es el turno de la política y de la sociedad civil, para impedir que el capital que ofrecen la naturaleza y la sociedad sea aplastado por el dogma de la eficacia económica. Solo podrá sobrevivir una economía en la cual los bienes comunes, como el medio ambiente y la calidad de vida, no estén en un segundo plano, y en la que el cálculo frío del rendimiento no prevalezca sobre los intereses del bienestar común.

EPA – socios desiguales

Durante cuatro decenios, la cooperación de la Unión Europea, UE, con los estados ACP, los 77 países, en su mayoría pobres, de África, el Caribe y el Pacífico, estaba marcada por un “desarrollo” que facilitaba a éstos el acceso al mercado europeo. Ahora, con los llamados acuerdos de asociación económica (Economic Partnership Agreements, EPA), el comercio está en un primer plano. Dichos acuerdos contienen también objetivos como, por ejemplo, la reducción de la pobreza y la promoción de las mujeres. Pero el objetivo central de la UE es el desmantelamiento de las barreras comerciales de los países ACP. Sin embargo, las reducciones de las tarifas aduaneras exigidas por la UE mermarían los ingresos estatales y limitarían el margen de maniobra sociopolítica de los gobiernos. Asimismo, contribuirían a agudizar la competencia entre la economía agraria europea y los pequeños campesinos de los estados ACP, al igual que la competencia entre las grandes empresas europeas y las empresas africanas de talleres y servicios. Para las empresas europeas, la UE quiere mejorar el acceso a los mercados, proteger la propiedad intelectual, así como regular las inversiones, todas estas, reivindicaciones encaminadas a servir, en primer lugar, a los europeos mismos.

Civilización fósil

Hasta la actualidad, un recurso esencial para impulsar y lubricar el desarrollo del sistema industrial moderno han sido las materias primas fósiles. Son las materias básicas para muchos productos, por ejemplo, de la industria química. Ellas hacen funcionar las centrales energéticas, proporcionan electricidad y calor. Gracias a estas materias existe un sistema de transporte y de tráfico de alcance mundial que, a su vez, permite la globalización de bienes e inversiones. Durante decenios, éstas parecían existir en abundancia salvo algunos sobresaltos, como la crisis del petróleo a comienzos de los años 1970, que puso de manifiesto la vulnerabilidad y la dependencia de la sociedad industrial del bienestar de las materias primas fósiles.

Este camino de desarrollo, que no se basa en recursos renovables, requiere grandes cantidades de capital, estructuras técnicas de grandes dimensiones y una continua ampliación de la oferta energética. Así surgió un monumental sistema de industria y tecnología con formas de producción centralizadas, fabricación en masa, cadenas globales de producción y comercializa-

ción, y estructuras cimentadas de poder, intereses y ganancias. El “sendero fósil-céntrico” del desarrollo polariza al mundo dividiéndolo, por un lado, en los países productores, ricos en recursos, como los estados del Golfo, y los consumidores económicamente fuertes; al otro lado se encuentran los países pobres en recursos y económicamente débiles, para los que cada subida del precio del crudo se convierte en una cuestión de supervivencia. Además, impulsa la militarización encaminada a garantizar el abastecimiento con este recurso vital.

Sin embargo, este desarrollo desemboca en un callejón sin salida. Las tres crisis estrechamente vinculadas, el calentamiento global, los yacimientos energéticos agotados y los espacios naturales desgastados, indican el cuadro clínico estructural de la sociedad industrial, a saber, su dependencia de los recursos naturales, cuya explotación y uso son limitados y, además, dañinos para el medio ambiente. Los intentos por parte de los grandes oferentes de capital, encaminados a salvar al paciente a base de energía nuclear y de combustibles agrarios, son medidas obvias para no poner en peligro sus ganancias potenciales a causa de los procesos necesarios de adaptación a las consecuencias del caos climático y del “petróleo pico”.

Ante las estructuras de poder existentes, frente a los intereses establecidos, y en presencia del firme anclaje del sistema económico actual en la conciencia general, es muy difícil que surjan nuevas alternativas. Pero el continuismo, el *business-as-usual* ya no es una opción válida. El cambio climatológico reclama un viraje en la misma civilización: la transición hacia una civilización postfósil. En lugar de seguir un desarrollo dependiente de los recursos fósiles es menester encaminarse por la vía de las energías solares, hacia una sociedad de ahorro energético. Sin embargo, la amplia transición necesaria para ello, hacia energías y materias renovables, hacia un alto número de pequeñas redes entrelazadas de sistemas de abastecimiento, y hacia un consumo energético drásticamente reducido, es

completamente contraria a las estructuras de abastecimiento existentes, dominadas por unos pocos gigantes de la energía con sus correspondientes intereses de poder y rédito.

Continuismo

Naturalmente, existen muchas resistencias y barreras frente a tal cambio de rumbo, algunas de ellas por desinterés o por egoísmo, otras por impotencia o por el desconocimiento de posibles alternativas.

Aquí, son de gran peso las fuerzas de *lobby*, o grupos de presión, que operan en nombre de las asociaciones industriales. La industria de la electricidad hace que cunda el miedo ante una supuesta falta de electricidad, porque quiere construir más centrales de carbón y echar abajo la decisión política de desistir de la energía nuclear. La industria automotriz, obstinada como siempre, sigue produciendo sus carrozas tragonas de combustible, porque apuesta por el segmento de lujo y velocidad en el mercado. Las industrias química y agraria se niegan a dejar de producir fertilizantes y pesticidas, porque para ellas esto solo podría significar el comienzo de la ruina económica.

Otros intentos de impedir el cambio de rumbo son menos fáciles de reconocer: por ejemplo, cuando se anuncia la modernización ecológica de la sociedad industrial como alternativa a dicho cambio, en la que los problemas medioambientales se solucionan por medio de innovaciones y progresos tecnológicos. Lo que esto quiere sugerir es, que de esta manera se beneficiarían tanto nuestras exportaciones como los países del sur, solucionando de forma simultánea los problemas del medio ambiente y de la pobreza. Pero tales planteamientos solo pueden postergar la necesidad de una reestructuración profunda.

Además, los representantes de *lobby*, los apóstoles de la modernización, y los políticos, todos en buena armonía, intentan fortalecer y ampliar la posición de las industrias europeas frente a las economías del hemisferio sur. Ante la Unión

Europea en Bruselas, o delante de la Organización Mundial del Comercio, OMC, en Ginebra, ellos hacen valer sus influencias para continuar desmantelando las barreras al comercio ilimitado y a las exportaciones tecnológicas e inversiones extranjeras plenamente libres. Con su “seguir así” y su “más y más” están frenando el cambio de rumbo que se requiere con suma urgencia.

Asimismo, están actuando fuerzas antagónicas ancladas en el mismo sistema económico capitalista como, por ejemplo, la lucha competitiva que obliga a las empresas a generar las máximas ganancias posibles. Las empresas que cotizan en la bolsa se ven apremiadas a rendir cuentas a sus accionistas. Estos accionistas, muchas veces, son internacionales, y en cualquier momento, en cuestión de segundos, pueden redistribuir sus acciones si reconocen en Shanghái, Mumbai o Tokio, mejores expectativas de rédito que en Francfort o en Wall Street, causando así una vertiginosa caída del valor de cualquier empresa. Pero también hay una serie de “condicionalismos”, estructuras crecidas a lo largo de los años, muy capaces de frenar el impulso de los cambios. La red de autopistas y el *lobby* automovilístico exigen continuamente nuevas inversiones. De la misma manera, la disolución de las estructuras familiares, la individualización y el anhelo por autonomía, producen un aumento en la demanda de vivienda; con ello, las ciudades crecen casi inexorablemente, contribuyendo así a una continua y mayor urbanización descontrolada.

Y, finalmente, hay muchas costumbres queridas, necesidades, expectativas, deseos y placeres del día a día, que bloquean el cambio: por la falta de transporte público, el ir de compras significa automáticamente el consumo de energías fósiles; al igual, el deseo de una mayor movilidad, las más diversas actividades de ocio, y un mayor confort en la vivienda. Pero también, muchas veces, faltan ideas y modelos de cómo podrían ser posibles alternativas para llegar al cambio de rumbo que, con frecuencia, se ha reconocido como algo necesario.

Ante este trasfondo no es de extrañar que estén encallados el viraje de la energía, el cambio en los modelos de tráfico y transporte y la transformación de la agricultura, en Alemania, en Europa, en los países umbral y en cualquier otra parte del mundo.

¿Cuánto es necesario?

Naturalmente, en el marco del modelo actual de la industria existe toda una serie de planteamientos e intentos para solucionar los problemas existentes. Un ejemplo es el modelo de **disociación**, el cual implica que la economía crece mientras decrece de forma simultánea el consumo de los recursos. En el debate sobre la sostenibilidad prevalece la pregunta por las posibilidades y límites de un aprovechamiento más eficaz y productivo de los recursos. La tendencia actual hacia una disociación relativa, en la cual el consumo de los recursos simplemente crece de forma más lenta que la economía, es un comienzo, pero no es suficiente. También se induce la disociación por medio del cambio estructural. Por regla general, los servicios requieren menos materias primas que las industrias; las innovaciones técnicas pueden reemplazar aquellas sustancias que contaminan el aire y las aguas. Sin embargo, tampoco esto es suficiente, puesto que en los países industrializados, en un plazo de 50 años, el consumo de materiales y energías fósiles tendrá que ser reducido en un factor de 10, o sea, entre un 80 y un 90 por ciento. Solo así podrá alcanzarse una reducción global de las emisiones de CO₂ de un 60 por ciento. No será posible alcanzar este objetivo tan solo por medio de la disociación y del aumento de la productividad de los recursos, porque, con frecuencia, se pone de manifiesto que el aumento de la eficiencia no necesariamente disminuye el consumo general: por ejemplo, cuando aumenta el kilometraje de los coches que gastan menos combustible. Este fenómeno se denomina también “el efecto rebote”.

Otro tanto puede decirse del concepto de la **consistencia**, o sea, la estrategia de hacer la producción y el consumo menos dañinos para el medio ambiente. Ejemplos de ello pueden ser la agricultura ecológica y la utilización de materias primas en detergentes y plásticos que no representen una carga para el medio ambiente durante decenios después de su uso. Pero aquí, en el fondo, solo se trata de hacer compatible la técnica con la naturaleza, y no de reducir el consumo de materiales y energías. Como mucho, estas soluciones solo pueden contribuir a corregir el rumbo; sin embargo, sí son las medidas predictas, porque no ponen en tela de juicio ni los intereses del capital, ni nuestras costumbres.

Es válida una cierta duda acerca de si los retos actuales podrán ser superados solo por medio de un mayor grado de eficiencia y consistencia. La transición hacia una economía sostenible solo podrá alcanzarse mediante dos vías: por un lado, por medios técnicos; por el otro, a través de una limitación prudente del rendimiento de la actividad económica. Para llegar a un verdadero viraje de rumbo, la eficiencia y la consistencia deberán ser complementadas por una política de **suficiencia** o de autolimitación. De no ser así, la dinámica de la expansión arrastrará el éxito alcanzado por este mayor nivel de eficiencia y consistencia. Aparte de los planteamientos puramente tecnológicos y los nuevos requerimientos para las instituciones estatales de regularizar en mayor medida el consumo de los recursos, el cambio profundo del comportamiento de los consumidores jugará un papel central en el camino hacia un futuro sostenible. Es menester una discusión activa de la cuestión ¿cuánto es necesario?

Ello no será posible sin menos crecimiento o, posiblemente, hasta sin una merma general - uno de los horrores más grandes para una sociedad de crecimiento. Pero aún así, una sociedad que quiere ser sostenible tiene que poner en tela de juicio el imperativo actual del crecimiento. Solo así podrá generarse un cambio estructural dirigido hacia modelos de producción

y consumo sostenibles, es decir, una verdadera modernización ecológica. Y solo así puede integrarse una dimensión ecológica y social en las actividades económicas.

Esto no significa cero crecimiento. Puede y debe crecer todo aquello que sirva a la sostenibilidad y a la calidad de vida, como, por ejemplo, la eficiencia de materiales y energías, las energías renovables, la agricultura ecológica y el comercio justo. Lo que sí debe reducirse es todo aquello que favorece el uso excesivo de recursos, la contaminación del medio ambiente, y la transferencia del riesgo, o lo que daña la cohesión social: las energías nuclear y fósil, el tráfico aéreo y de automóviles, productos financieros especulativos, y el endeudamiento de los países pobres. Sostenibilidad significa, ya en el día de hoy, prevenir y encaminarse hacia una forma de economía que garantice una vida próspera a todos los ciudadanos, sin tener que depender de un crecimiento continuo.

¡Cambiar ahora!

Ya desde hace mucho tiempo no pueden negarse o ignorarse los indicios y pruebas que muestran que el modelo de desarrollo actual no es ni ecológica ni socialmente sostenible. Pero tampoco económicamente sostenible. La economía, la sociedad y la política están en una encrucijada. Es necesario un cambio de rumbo radical. Para tal fin, tienen que ponerse en tela de juicio los pilares centrales y los dogmas del modelo de desarrollo actual: crecimiento económico continuo y predominio del mercado y de las energías fósiles. Porque las primeras propuestas de soluciones en este marco no han servido para poner barreras a las crisis. Para un mundo con recursos limitados, en el que casi mil millones de personas viven con la urgente necesidad de escapar a la pobreza y el hambre, en el cual aumentan la desigualdad, la injusticia y los conflictos, tiene que desarrollarse e implementarse un nuevo modelo de bienestar de baja intensidad en el consumo de recursos, con el fin de generar justicia y paz y de salvaguardar la naturaleza para las generaciones venideras.

La transición necesaria hacia una civilización postfósil, en primer lugar, requiere la reconfiguración del equipamiento (*hardware*) de la sociedad: la fabricación y la utilización de todos los productos y bienes, desde edificios y centrales energéticas, hasta productos textiles, tienen que realizarse sin causar daño a la naturaleza y con mucho menos recursos. En segundo lugar, las normativas e instituciones tienen que configurarse de tal forma que queden garantizados los Derechos Humanos y que se mantenga la dinámica del desarrollo económico dentro de los límites de regeneración de la biosfera. En tercer lugar, tal transición requiere nuevos modelos y visiones. Desde la manera de vivir de cada uno, hasta las prioridades del régimen común, pasando por la ética profesional, es necesaria una nueva orientación de las acciones cotidianas en los ámbitos políticos y económicos.

Visiones

Las visiones que inspiran el desempeño y el compromiso para con un mundo sostenible pueden plasmarse en cuatro ideales concretos: una visión *cosmopolita*, que aspira a la realización de los derechos cívicos mundiales; una visión *ecológica*, que traza los rasgos generales de un nuevo y diferente modelo de bienestar; una visión *sociopolítica*, la cual se enfoca en la participación y en la influencia de todos los miembros de la sociedad; y, finalmente, una visión *económico-política*, que tenga la mirada puesta en los pilares de una actividad económica holística.

El derecho de hospitalidad para todos

La sostenibilidad de Alemania tendrá que medirse, también, por su desempeño en pro de los desposeídos y débiles de este mundo. Para hacer valer plenamente los Derechos Humanos es necesaria una reforma de las estructuras de poder y de riqueza. Ello implica un cambio de rumbo en las políticas de economía y asuntos exteriores de Alemania y Europa respecto a los países desfavorecidos del mundo.

La situación de vida de muchas personas está marcada, entre otros factores, por las necesidades de las regiones ricas del mundo: buques de arrastre europeos arrebatan los peces a los pescadores senegaleses, quienes se quedan sin trabajo y, como consecuencia, se ven forzados a emigrar en pateras a Europa. Muchas veces, la pobreza se considera un factor de riesgo que hay que superar por medio de estrategias de crecimiento y mediante una política de desarrollo; sin embargo, desde la perspectiva de los marginados, los mismos ricos son un factor de riesgo. La reclamación de estos últimos por tener derecho a un estándar de vida más alto amenaza y limita los

derechos fundamentales de los marginados.

Un factor esencial de la pobreza son las condiciones sociales y económicas que se estructuran de tal forma, que las ventajas siempre recaen en un grupo y las desventajas en otro. La pobreza se debe a un déficit de poder, de seguridad y de influencia. Las personas pobres son actores impedidos, ciudadanos y ciudadanas quienes tienen que lograr sobrevivir sin derechos, sin bienes, sin posesión y sin influencia política. Para los pobres la salida no es solo el crecimiento económico, ya que éste no contribuiría a cambiar decisivamente su situación. La lucha contra la pobreza exige, sobre todo, más derechos y mayor autodeterminación. La lucha contra la pobreza no puede conducir a resultados duraderos si los que luchan son expertos, donantes de dinero, o empresas provenientes del exterior; tienen que ser los pobres mismos quienes luchen. Hace falta un programa de empoderamiento que amplíe su margen de actuación y apunte hacia un cambio de poder.

Un instrumento político importante para ello es la Declaración Universal de los Derechos Humanos, adoptada en diciembre de 1948 por la Organización de las Naciones Unidas. Allí se establecen los cimientos legales para una sociedad mundial. Según ella, todas las personas tienen que considerarse ciudadanos de un espacio legal transnacional. Con el canon de los Derechos Humanos, la sociedad mundial tiene una Constitución, pero no tiene Estado, razón por la cual la retórica y la realidad de los Derechos Humanos son tan dispares. Por ello, los Estados tienen la responsabilidad, también fuera de su territorio, de vigilar el respeto de los Derechos Humanos, para hacer valer los derechos de los desposeídos. Ello puede implicar, por ejemplo, la obligación de impedir daños sociales y ecológicos generados por procesos de producción,

Derechos Humanos: una obligación integral

El derecho de libre asociación y asamblea, la libertad religiosa, la prohibición de la tortura, la esclavitud y la discriminación, son algunos de los Derechos Humanos básicos, tal y como están consagrados de forma vinculante como Derecho Internacional, en el Pacto de las Naciones Unidas sobre los Derechos Humanos, Políticos y Cívicos de 1966 (Pacto Civil).

Otro pacto, no tan conocido, data del mismo año y también es vinculante según el Derecho Internacional: es el Pacto sobre los Derechos Humanos, Económicos, Sociales y Culturales (Pacto Social). En el artículo 2 (1), cada Estado contratante, entre ellos también Alemania, se compromete a “adoptar medidas, (...) especialmente económicas y técnicas, hasta el máximo de los recursos de que disponga, para lograr, progresivamente, por todos los medios apropiados, inclusive, en particular, la adopción de medidas legislativas, la plena efectividad de los derechos aquí reconocidos”. Los derechos consagrados en el Pacto Social abarcan el derecho a la alimentación, la educación y la salud. Estos derechos deben realizarse “tanto por separado, como mediante la asistencia y la cooperación internacionales”.

El Pacto Civil y el Pacto Social forman una unidad. El preámbulo de ambos reza que fueron concertados “reconociendo que, con arreglo a la Declaración Universal de Derechos Humanos, no puede realizarse el ideal del ser humano libre, liberado del temor y de la miseria, a menos que se creen las condiciones que permitan a cada persona gozar de sus derechos económicos, sociales y culturales, tanto como de sus derechos civiles y políticos”.

inversiones extranjeras, medidas proteccionistas, liberalización y privatización y transacciones financieras. En cualquier parte del mundo tiene que garantizarse que la supervivencia prevalezca sobre las ganancias, al igual que la dignidad humana sobre la adquisición de poder.

También las empresas, cuyo radio de acción y, por ende, cuyo ámbito de responsabilidad son cada vez más transnacionales, están sujetas al principio básico de que tiene primacía el respeto de los Derechos Humanos y la dignidad humana. El derecho del ciudadano prevalece

sobre los derechos de las empresas, los cuales han sido fortalecidos y ampliados en la época de la globalización. También, ello supone deberes, como por ejemplo, estudiar qué efectos tienen sus propias actividades económicas empresariales sobre los Derechos Humanos, Económicos, Sociales y Culturales.

Asimismo, la política estatal del siglo XXI ya no puede centrarse única y exclusivamente en el fomento de los intereses nacionales. Tiene que convertirse en una política interior mundial. Los derechos relativos a la existencia prevalecen sobre la liberalización económica, lo que puede significar, por ejemplo, que se renuncie a exportaciones, si éstas amenazan la alimentación o el empleo en los países de importación. Los gobiernos de los países industrializados, como acreedores de Estados excesivamente endeudados, tienen que fijar las condiciones de reembolso de tal forma, que el deudor disponga de suficientes medios para poder garantizar los Derechos Humanos Sociales. Asimismo, una política orientada en los Derechos Humanos tendrá en cuenta en todas sus actuaciones los derechos básicos de los involucrados, buscará su consentimiento y establecerá instancias de reclamación y auditoría.

Las exigencias de los unos por un estándar de vida más alto tienen que estar subordinadas a la garantía de los derechos fundamentales de los otros por una vida digna. Aproximadamente, la supervivencia de un tercio de la humanidad, sobre todo de los pueblos indígenas, depende de que se vayan reduciendo las economías de bienestar. Una política de vertiente cosmopolita, por tanto, reducirá el consumo de recursos en los países industrializados, para impedir que las necesidades de bienestar pongan en peligro las necesidades de subsistencia de otros ciudadanos de la sociedad mundial. Los Derechos Humanos, Económicos, Sociales y Culturales se ven amenazados en gran medida por el cambio climatológico que, a su vez, aumenta la pobreza en todo el mundo. Por ende, la protección del clima es un tema prioritario

de Derechos Humanos. Una política ecológica es la única opción para poder ofrecer hospitalidad a un número creciente de seres humanos en el mundo.

Bienestar ecológico

“Mejor, diferente, menos” es la fórmula empírica en el camino hacia una economía sostenible. En el futuro, el bienestar tendrá que generarse de forma diferente, o sea, con menos consumo de recursos y menos deterioro de la naturaleza. Asimismo, tendremos que aprender que una vida mejor es más que un bienestar material que aumenta sin parar.

Durante dos siglos, el progreso técnico y científico consistía, sobre todo, en incrementar la productividad del capital y del trabajo. Pero la producción y el consumo de una creciente abundancia de bienes y productos devoran cada vez más recursos; asimismo, los desechos y las emisiones contribuyen a la destrucción de la naturaleza a través del cambio climático y de la contaminación de los suelos, de las aguas y del aire.

Por tanto, hacen falta tecnologías, relaciones organizativas y costumbres, que consuman mucha menos naturaleza que hasta ahora (**desmaterialización**). El consumo de recursos tiene que reducirse en gran medida, entre otras estrategias, mediante su utilización de forma mucho más productiva. La oferta en continua expansión sería reemplazable por una mejor gestión de la demanda. El mundo material del bienestar ecológico se compondrá de productos cuya fabricación consuma menos recursos, sobre todo si no son renovables. Serán productos de poco desgaste, de larga duración y fácil reciclaje. La acumulación individual de aparatos y herramientas que no se utilizan casi nunca, será reemplazada por una utilización temporal: los aparatos serán alquilados, y los coches serán compartidos. Aquí se generan diversas posibilidades de una gestión racional y cuidadosa de los recursos.

Una forma ecológica de gestionar la economía se apoya en una base de recursos modificada. Sobre todo, los recursos fósiles serán reemplazados, en la medida de lo posible, por sustancias ecológicamente compatibles y energías de origen solar, en su mayoría, regenerativas y libres de emisiones. Los primeros pasos en el camino hacia un sistema energético solar se han dado con las plantas eólicas y las células fotovoltaicas. En el siglo postfósil, los metales, los minerales y los productos de la química sintética serán reemplazados por sustancias biológicas y por procesos que imitan los procesos naturales. Un buen ejemplo para esta **ecocompatibilidad** es la agricultura biológica: mientras que la agricultura industrial convencional utiliza recursos de forma excesiva y contamina el medio ambiente con tóxicos y fertilizantes agrícolas, la agricultura biológica intenta cerrar ciclos naturales y aprovechar de forma más productiva y diversa los recursos de los que dispone.

Asimismo, las plantas solares, eólicas e hidráulicas favorecen estructuras económicas descentralizadas, que requieren poco capital. Las grandes cadenas de abastecimiento para la producción y comercialización de bienes y energía, cada vez más universales, serán cosa del pasado. En muchos casos, redes de economías regionales reemplazarán a las redes de la economía global. Los movimientos de concentración económica del pasado, que dieron lugar a los gigantescos y poderosos grupos de empresas, serán sustituidos por una estructura económica en la cual, un sinfín de productores pequeños en muchos lugares garantizará el abastecimiento con productos, energía y servicios.

Estas medidas pueden contribuir en gran medida a empequeñecer la huella ecológica de una economía, pero por sí solas no son suficientes para reducir el consumo del medio ambiente y de los recursos en la dimensión necesaria. Por tanto, la **autolimitación** en la fuerza productiva económica y técnica, forma parte de la visión de una economía sostenible. No podrá esquivarse la

pregunta ¿cuánto es suficiente? La reducción del excesivo y exagerado consumo material puede crear espacio para otra vida diferente y mejor. La tranquilidad y la felicidad pueden “comprarse” sin mucho dinero, por medio de relaciones flexibles entre vecinos, redes de voluntarios, centros de servicio al ciudadano, talleres comunes, círculos de canje cooperativas de compras y microempresas, y con la cohesión social y la participación política. De esta manera, el bienestar económico va acompañado por un nuevo bienestar social.

Para los consumidores es relativamente fácil contribuir a disminuir la agudización de las circunstancias actuales en todo el mundo, por medio de su comportamiento de comprar y consumir. Pueden decidir no comprar aparatos de alto consumo energético, pero sí comprar productos ecocompatibles, cumpliendo así con la reivindicación por la suficiencia, al decir no ante las ofertas de la sociedad de abundancia y despilfarro.

Para el capitalismo, sin embargo, esta perspectiva de la suficiencia es mucho más difícil. Los volúmenes decrecientes de bienes son prácticamente incompatibles con el afán de aumentar continuamente la creación de valor. Pero solo si logra esta hazaña, el capitalismo puede tener alguna posibilidad de ser sostenible.

La sociedad participativa

La transición hacia más ecología y justicia internacional está amenazada por el creciente desnivel de ingresos, el mayor riesgo de pobreza y la percepción extendida de que la sociedad es cada vez menos solidaria. Cuando las ciudadanas y los ciudadanos se sienten tratados de forma injusta y, además, excluidos, no están dispuestos a apoyar ni a participar en los cambios necesarios. Por tanto, una política de sostenibilidad no puede funcionar sin una política de participación social justa, que brinde posibilidades de realización personal a todos los miembros de la sociedad.

Participar en el desarrollo económico, social y cultural, así como en las decisiones políticas es un derecho humano. No obstante, a un número cada vez más grande de personas se les recorta o, incluso, hasta se les niega, este derecho. Por un lado, para los unos, con la creciente riqueza aumentan las posibilidades de desarrollar sus capacidades de autorrealizarse y de participar; por otra parte, el desempleo, la división del trabajo según el género y la xenofobia, generan muchas formas de marginalización, condiciones de vida precarias y polarización.

El factor central de la integración social, a saber, el trabajo remunerado, hace mucho dejó de ser un garante de la participación y de una existencia segura. Sobre todo, el empleo a tiempo completo ha sufrido cada vez más presión en los últimos años. Los estándares de calidad y protección laborales alcanzados se eliminan y el nivel salarial descende. Ámbitos importantes como, por ejemplo, el trabajo de cuidado de adultos mayores y niños en el espacio doméstico, por regla general, sin remuneración, no se valora lo suficiente; las mujeres, quienes con frecuencia se dedican a este tipo de trabajo, no reciben prácticamente ningún tipo de ayuda cuando tienen que solucionar los problemas de compatibilizar la vida laboral y la vida familiar. Muchas veces se considera que las

personas migrantes solo traen problemas, no se valoran sus múltiples capacidades y se les excluye de la participación en la sociedad.

Asimismo, el desmantelamiento del Estado Social ha debilitado las posibilidades de desarrollar capacidades y de participar en la sociedad y en la política; ha aumentado la precariedad del trabajo. Debido a los recortes de las prestaciones sociales, muchos riesgos elementales recaen sobre las personas afectadas. Muchos ámbitos de los servicios públicos esenciales, como la salud, la educación, el transporte público, y el abastecimiento con agua, luz y gas, son traspasados a empresas privadas. Ello, con frecuencia, conlleva un aumento de los costes, lo cual genera más marginalización, mayores cargas y limitaciones para las familias, muchas veces, en detrimento de las mujeres.

Con el fin de romper con los múltiples procesos de marginalización y limitación hace falta un cambio en la estructura básica política, social y económica de nuestra sociedad. Esto significa, por ejemplo, que en vez de privatizar y marginalizar más aún el trabajo de cuidado de hijos y allegados, se hagan posibles nuevos modos de vivir en pie de igualdad, por medio de la ampliación de los servicios públicos esenciales. Asimismo, significa un reparto justo del trabajo, quizás, según la fórmula empírica “un tercio de trabajo remunerado, un tercio de trabajo de cuidado, y un tercio de compromiso cívico”. Forman parte de ello, también, una seguridad básica suficiente, una nueva política de migración y asilo, así como mejores posibilidades de participación política, por ejemplo, por medio de una mayor democracia directa. Para poder alcanzarlo, la sociedad sostenible necesita como base un nuevo contrato social, que garantice a todos su derecho de participación.

Toda la economía

El bienestar no se genera solamente por la economía monetaria, sino también por la economía de la naturaleza y del mundo de la vida. Una economía de mercado ecológica y social regularizará el capitalismo de tal forma, que siempre tenga en cuenta mucho más el bienestar de esta economía de gran amplitud. Esta revisión requiere un nuevo papel del Estado y una revalorización de la sociedad civil.

La economía es más que la mera economía monetaria. También la economía del mundo de la vida, en gran parte no monetaria, contribuye de forma decisiva al bienestar. Forman parte de ella, por ejemplo, las muchas formas del trabajo en el ámbito doméstico propio, el trabajo de asistencia y cuidado y, también, el compromiso cívico y el trabajo voluntario. La economía del *mundo de la vida* forma el fundamento de la economía monetaria, un pilar escondido que sostiene, junto con la economía de empleo o de mercado, la macroeconomía de un pueblo.

El tercer pilar de la economía y del bienestar es la naturaleza. Ella ofrece, en silencio, una gran diversidad de servicios, como la regulación del ciclo del agua, del clima y la fertilidad de los suelos, todos ellos, servicios de los que se apropia callada e invisiblemente la economía comercial sin pagar ni un céntimo. Al igual a lo que ocurre con las prestaciones del *mundo de la vida*, gran parte de los servicios prestados por la naturaleza no se manifiestan de forma fehaciente, ya que no son cuantificables en términos monetarios.

Hasta ahora, el “sistema operativo” del capitalismo ha fijado las reglas del juego. Asigna los derechos de propiedad y organiza la distribución de los beneficios y las desventajas. La economía social de mercado ha dado lugar a una cierta civilización social del capitalismo: el Estado se ha convertido en un Estado Social y el movimiento obrero en interlocutor social. Ahora, es menester analizar la relación con el tercer pilar, la naturaleza. Para una economía social y ecológica de mercado es necesario otro cambio profundo del

“sistema operativo” económico del capitalismo (*Capitalismo 3.0*).

Puesto que la biosfera y el medio ambiente, al igual que la economía de la vida en general, son un bien común de la humanidad, y dado que cada persona tiene el derecho básico de gozar de un mínimo de los bienes naturales, la propiedad privada de estos últimos y el comercio con ellos tienen que estar limitados de una forma u otra. La explotación de las materias primas, por ejemplo, tiene que estabilizarse en un grado renovable y la generación de emisiones tiene que reducirse a un nivel inocuo. Las limitaciones, sin embargo, conducen a una mayor manifestación de la cuestión de la distribución y a una agudización de los conflictos. Se trata de ver hasta qué punto la distribución se efectúa según derechos formales, poder adquisitivo, necesidad, o puro poder.

Es menester crear una economía capaz de cumplir plenamente con el objetivo de la sostenibilidad. Para alcanzar tal fin, tiene que reestructurarse la economía de empleo remunerado y revalorizarse la economía de la vida en general y el papel de la sociedad civil. Asimismo, tiene que protegerse de forma más eficaz la naturaleza frente a las pretensiones del capital monetario.

Ello exige una reglamentación por parte del Estado, que impida que los participantes en el mercado aprovechen de forma excesiva los bienes comunes sociales y naturales para su propio beneficio económico privado. Ello implica una revisión del derecho de competencia, para que las empresas ya no puedan obtener ventajas competitivas al transferir los costes ecológicos y sociales a la comunidad en general. Asimismo, es necesaria una revisión del estatuto de las empresas, para que las sociedades de capital no solo gocen de privilegios, sino que tengan también deberes ecológicos y sociales. En resumidas cuentas: la economía ecológica social de mercado apuesta por la primacía de la configuración política sobre la lógica del mercado. El principio básico respectivo fue formulado ya en la Constitución alemana de 1949: “La propiedad genera una obligación. Su uso debe servir, asimismo, al bienestar general.”

Obras en construcción

Para operar el cambio, no sirve esperar un gran golpe de suerte ni al gran cabecilla que lo maniobre. La política, la economía y la sociedad civil, todas están llamadas a efectuar la transición hacia un modelo duradero y sostenible de la civilización en todos los ámbitos y aspectos: la política tiene que redefinir sus prioridades; la economía tiene que gastar menos recursos y contaminar menos el medio ambiente, y las actividades del mercado tienen que ser regularizadas en mayor medida; la política social requiere planteamientos nuevos y más amplios. Los ciudadanos y las ciudadanas pueden aprovechar las opciones en el ámbito local, para dar la forma al espacio vital que quieran brindar a sus nietos. Y dentro de una nueva arquitectura de la cooperación internacional, Europa y las empresas europeas tienen que asumir su responsabilidad global de proteger la biosfera y los Derechos Humanos y cívicos. Para tal fin, es menester fortalecer, extender y redificar los muchos planteamientos, modelos, ideas y soluciones de problemas, y ponerlos en práctica en contra de todas las resistencias y el, aparentemente, inamovible poder de las circunstancias reinantes. Ya existen muchas obras en construcción prometedoras para hacer realidad el modelo de edificación de una sociedad sostenible.

Cambio hacia una economía solar

La parte central de la transición hacia una economía ecocompatible es el cambio de la base de recursos. Para reemplazar energías y materias primas de origen fósil, ya existen muchas tecnologías de uso y reconversión para el sol, el agua, el viento, la biomasa y la geotermia.

- **Los colectores solares** se utilizan, sobre todo, para el suministro de agua caliente y calefacción. Pero la energía solar puede utilizarse también de forma pasiva en espacios interiores, por ejemplo, a través de ventanas no sombreadas orientadas en dirección al sol y marquesinas o jardines de invierno.
- Aparte de las centrales hidroeléctricas existentes, la **energía eólica** se ha convertido en la opción más importante para la generación de electricidad renovable en Alemania. Aquí se encuentra el máximo potencial de ampliar en mayor grado las energías renovables, para generar electricidad, sobre todo, en los parques eólicos marítimos.
- Son muchas las posibilidades de aplicación de las **materias primas renovables** en las industrias de la química, la petroquímica, la farmacéutica y de construcción, como por ejemplo, materiales para construir y aislar; su empleo está creciendo cada vez más.

Las discusiones y las posibles soluciones se centran en una mayor utilización de las energías renovables frente a la construcción de nuevas centrales termoeléctricas de carbón y el uso prolongado de las centrales nucleares existentes. En el fondo, ya ni siquiera se discute acerca de si las energías renovables son las energías del futuro, porque sus ventajas son indiscutibles: prácticamente no influyen en el clima, diversifican la oferta energética y reducen la dependencia de las importaciones. Con ello, contribuyen, en gran medida, a asegurar el abastecimiento y a evitar conflictos y crisis. Además, las centrales eléctricas de cogeneración, los techos con paneles solares y las bombas térmicas, facilitan una generación de energía prácticamente descentralizada. Dicha generación “retorna” así al lugar de consumo y permite “resocializar” la economía de la energía

actual, caracterizada por los grandes monopolios. Dada la menor necesidad de inversiones e infraestructura, nuevos actores pueden acceder al mercado de la electricidad, rompiendo con las estructuras de monopolios poderosos y avivando la competencia.

El debate se centra, sobre todo, en el mejor camino y en el más conveniente calendario para la conversión. La creación de nuevas estructuras requiere tiempo. Por tanto, puede ser que sean necesarias las centrales energéticas fósiles, preferiblemente centrales modernas de gas, por un tiempo limitado. En la actualidad, las energías renovables, muchas veces, son todavía más caras que las convencionales; por ello, son requeridas subvenciones financieras para su ampliación. Por otra parte, quedan muchas preguntas pendientes, como por ejemplo, un conflicto potencial entre la extensión de la energía eólica, y la protección de los espacios, de los paisajes naturales y de las comunidades vecinas a los parques eólicos.

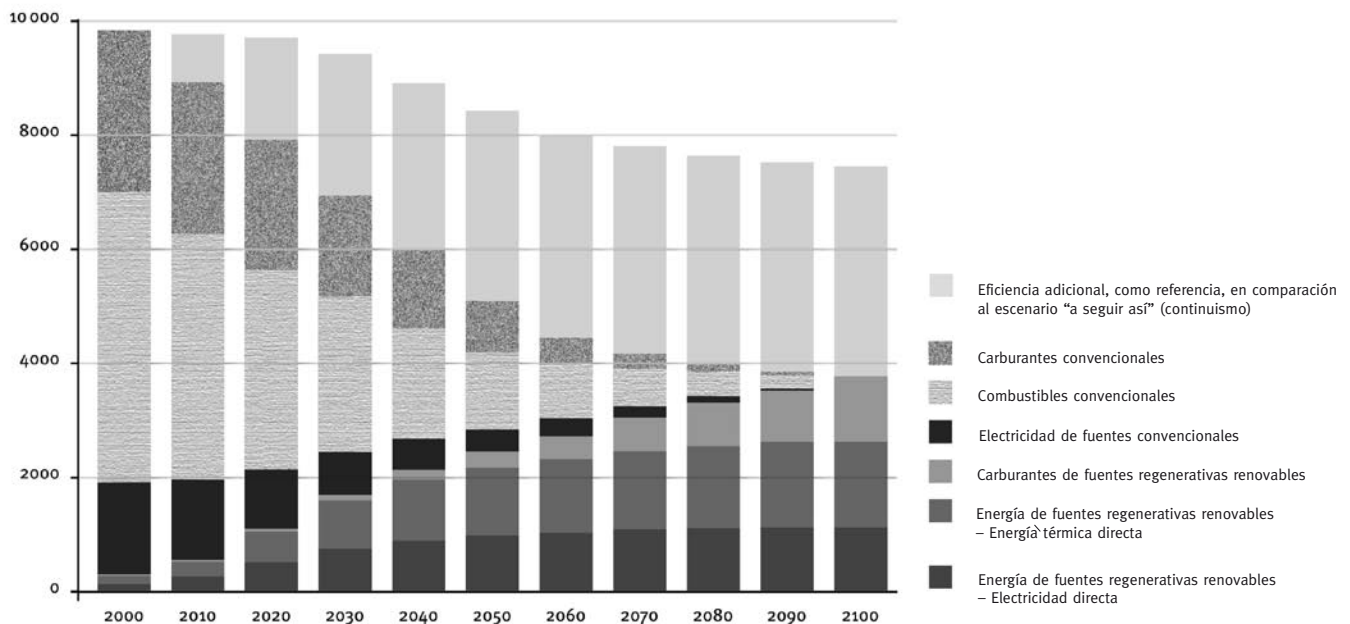
Asimismo, los antiguos actores de la economía de la electricidad están muy dispuestos y

preparados para desarrollar actividades en el sector de energías renovables. Algunos puntos de entrada son los parques eólicos de alta mar, que requieren mucho capital y la importación de electricidad, como la electricidad solar del norte de África, sin los cuales, posiblemente, no podrá cubrirse la demanda en Alemania ni en Europa, sobre todo si sigue creciendo el consumo. Ello implica el peligro de que también, en el futuro, el abastecimiento de energía sea controlado por pocas empresas, con el consiguiente desarrollo de estructuras centralizadas, parecidas a las ya existentes en el ámbito de las energías fósiles.

Ahora, tiene que actuar la política. Fijar objetivos claros encaminados a fortalecer el abastecimiento energético solar, descentralizado y redificado, determinando así el marco para la actuación económica. Las empresas deben tener la posibilidad de aprovechar las oportunidades económicas de la reestructuración. Asimismo, los consumidores pueden contribuir a la reestructuración de la base de recursos, a través de la selección del tipo de energía y de una conducta consciente del ahorro energético.

Evolución de la matriz energética de forma compatible con los principios climatológicos

Energía final en petajulios (PJ) / año



Oportunidades de la eficiencia de recursos

El cambio hacia energías y materias solares solo puede operarse y financiarse si se reduce, claramente y de forma simultánea, la demanda general por los recursos. Ya existen las primeras iniciativas. Debido a los costes crecientes de las materias primas y de la energía, las empresas se ven obligadas a incrementar la competitividad y el crecimiento por medio de una mayor eficiencia. Sobre todo, en los ámbitos de energía, tráfico y transporte, construcción, gestión de aguas, agricultura y alimentación, existe un gran número de buenos ejemplos de cómo pueden aprovecharse mejor y ahorrar recursos. En Alemania se vislumbra ya una cierta disociación entre el crecimiento económico y el consumo de recursos. Ello no solo contribuye a una menor contaminación del medio ambiente y a una más reducida dependencia de importaciones costosas; un aprovechamiento más eficiente del agua y de la energía podrá, por lo menos, detener el incremento de los costes de vida para las familias.

Tampoco se han agotado, ni mucho menos, los potenciales de ahorro en casas, fábricas, motores y materiales de producción. Pero una puesta en práctica sistemática y generalizada es difícil. Muchas veces no se conocen lo suficientemente las posibilidades de ahorrar energía, o éstas parecen ser demasiado caras. En lugar de aumentar continuamente la eficiencia del trabajo, el progreso técnico debería centrarse en mejorar la eficiencia de los recursos a lo largo de toda la cadena de producción y creación de valor, desde el suministrador hasta el consumidor final.

Pero también, están actuando poderosas fuerzas de la dinámica económica en contra del pleno aprovechamiento de los potenciales de eficiencia. Las empresas, muchas veces, hacen sus cálculos con vistas a generar ganancias a corto plazo, y no están dispuestas a invertir en mejoras a largo plazo. Además, no puede alcanzarse un incremento eficaz de la eficiencia de recursos

solo por medio de soluciones técnicas. El consumo de recursos está influido, en gran medida, por patrones de producción. Un ejemplo son los langostinos del Mar del Norte, enviados hacia Marruecos, en donde trabajadoras los descascarrillan. Posteriormente, regresan al supermercado en Alemania, después de haber atravesado miles de kilómetros y recorrido Europa entera. Son también los consumidores los que contribuyen con su estilo de vida, sus costumbres de consumo y su conducta de la vida diaria, al éxito o fracaso de productos y servicios con menor consumo energético. La mano pública, que es, en sí, un consumidor a gran escala, podría asumir una función importante de modelo.

Tal como lo muestra el ejemplo del ciclo combinado, que aprovecha los combustibles de forma mucho más eficiente, es menester que la política actúe (véase recuadro). Pueden establecerse las condiciones marco de tal forma, que se mermen las resistencias de parte de los oferentes establecidos y se generen impulsos positivos, que podrían ser estándares de eficiencia y marcas de identificación para edificios, aparatos, máquinas y procesos, que no solo incluyan el consumo de energía, sino también de agua y materiales.

El ciclo combinado frenado

Al contrario de las centrales energéticas convencionales, con grados de eficiencia de entre el 35 y el 45 por ciento, las plantas de ciclo combinado utilizan, además, el calor residual, alcanzando un grado de eficiencia de entre el 80 y el 90 por ciento, ya que aprovechan mucho más el contenido energético de los combustibles. A comienzos del presente milenio, la cuota de estas centrales en el total de la generación de electricidad de Alemania solo llegó al 11 %, aproximadamente, mientras que en Dinamarca era del 50 % y en los Países Bajos y en Finlandia, de casi un 40 %. El Gobierno Federal Alemán planifica duplicar la cuota de las plantas de ciclo combinado hasta en un 25 por ciento para el año 2020. Dadas las insuficientes subvenciones, los expertos opinan que esta planificación es poco realista

Primacía de la política

La Ley Alemana de las Energías Renovables ha generado un enorme auge para la energía eólica, la técnica solar y las bioenergías. Es un ejemplo que muestra cómo el Estado puede fomentar innovaciones esenciales eocinteligentes y de moderado consumo de recursos, dando lugar a nuevos mercados futuros lucrativos.

Por medio de la intervención política pueden fomentarse las inversiones en otros bienes comunes, como por ejemplo, la contribución de la agricultura a la conservación de la naturaleza y la protección del medio ambiente y del clima (“multifuncionalidad”). Las subvenciones, que hasta el momento se han destinado, sobre todo, a la agricultura y a la ganadería industriales con un alto consumo de recursos y contaminación ambiental, podrían reorientarse hacia el fomento del desarrollo rural y a una agricultura más sostenible.

El Estado dispone de muchas posibilidades para influir en la producción, en el mercado y en la competencia, de tal forma que sirvan más que hasta ahora al bien común y que contribuyan a fomentar la ecología y una actuación más justa y limpia. Estas posibilidades incluyen la promulgación de leyes; el fomento de incentivos, casi siempre, financieros; pero también instrumentos de índole tecnológica: por ejemplo, estándares de eficiencia energética para productos, y limitación de volúmenes de derechos de emisiones para convertirlos en un producto escaso y, por ello, costoso. La intervención en la determinación de los precios puede impedir que los costes ecológicos y sociales se traspasen al pueblo en general o a los más débiles, ocasionando que tales precios reflejen, realmente, “toda la verdad” del mercado. Las reformas del sistema impositivo pueden contribuir a reducir no solo el consumo no deseado del medio ambiente, sino también la desigualdad social, generando así más justicia: por ejemplo, los ingresos del Estado obtenidos por los impuestos sobre los recursos, que contribuirían a aumen-

tar los costes de vida, podrían devolverse a las ciudadanas y los ciudadanos, por lo menos en parte, en forma de una prima ecológica o como fuente de financiación para una amplia seguridad social básica.

Tal y como lo muestra la crisis financiera, también los mercados de capital requieren más regularización para proteger mejor a la economía frente a las crisis y sus efectos sociales. Los productos financieros de alto riesgo podrían estar sujetos a autorización; asimismo, podría gravarse un impuesto sobre el volumen de ventas en bolsa para las transacciones a corto plazo. En general, a los mercados financieros, que en la actualidad solo aspiran a generar beneficio rápido y alto, hay que devolverles su función original, a saber, intermediar entre los inversores y la producción real.

Como se sabe, existe una resistencia considerable frente a tales medidas e instrumentos, puesto que éstas podrían perjudicar los intereses de una serie de empresas y sectores económicos, sobre todo las industrias energética, automovilística y agraria. Diferentes asociaciones y *lobbies*, o grupos de presión, periódicamente ejercen coerción sobre parlamentos y gobiernos, para que las regulaciones relativas al medio ambiente no sean demasiado estrictas. Por tanto, una economía de mercado ecosocial solo podrá implementarse si la política logra recuperar su primacía sobre la economía.

Renacimiento de las regiones

Cuando el combustible se hace costoso y escasean los recursos empiezan a ponerse en boga medidas como reducir los trayectos de transporte, evitar el tráfico y acortar las cadenas de creación de valor. Así se generan oportunidades para reavivar las actividades económicas regionales, cuya sustancia se ha perdido enormemente por causa de la orientación hacia el mercado mundial, la privatización y la concentración. Con

la economía solar, surgen posibilidades para las estrategias de desarrollo regional y, simultáneamente, de generación de energía y recursos de forma local y regional.

La implementación de las estrategias de desarrollo regional debería centrarse, sobre todo, en las potencialidades existentes en cada región, las cuales pueden ser muy variadas de región a región. Una posibilidad son las fuentes de materias primas regionales, como por ejemplo, materias vegetales como combustible agrario, cuyo cultivo y explotación podrían reducir las importaciones desde países tropicales, inaceptables desde cualquier punto de vista. Asimismo, el reciclaje de edificios demolidos (“minería urbana”) y procesos de producción en los cuales se reciclan los desechos y vuelven a utilizarse al máximo posible, podrían contribuir a cubrir la demanda por recursos.

En las zonas urbanas, los trayectos cortos contribuyen a disminuir el volumen del tráfico y, por ende, la contaminación del medio ambiente, la demanda de combustible y los costes por la construcción de calles y carreteras. Asimismo, la política de la vivienda y la construcción ofrece múltiples posibilidades de reducir drásticamente la demanda de recursos y la explotación de territorios cuya construcción desordenada, en la actualidad, muchas veces va en detrimento de los suelos agrícolas y del consumo energético, al ofrecer subvenciones específicas para la construcción y la vivienda ecológicas.

Los puntos fuertes de la actividad económica regional se ponen de relieve, sobre todo, en la agricultura. La cercanía geográfica permite cadenas más cortas de productos, genera canales de comercialización directos con un balance entre transporte y ecología más favorable, estimula la cooperación y facilita la comunicación sobre productos y procesos de fabricación. Esto es cierto, sobre todo, para la agricultura y la industria alimenticia biológicas, que pueden contribuir en gran medida a la generación de valor regional y al desarrollo de cadenas ecológicas de creación de valor paralelas.

Moneda regional

La introducción de una moneda regional puede aumentar la cooperación entre oferentes y clientes. En el fondo, las monedas regionales, como el *chiemgauer* o *roland*, son bonos que circulan como medio de cambio, exclusivamente dentro de una misma región. Normalmente, se compran por el valor equivalente en euros y se utilizan para pagar a empresas, suministradores y personal. Para garantizar la circulación de la moneda, se cobra una tasa de entre un 5 y un 10 por ciento, al cambiarla nuevamente a euros. Así, se estimulan ciclos económicos regionales que benefician, sobre todo, a pequeñas y medianas empresas. En la región bávara de Rosenheim, en el año 2007, el *chiemgauer* generó una facturación de más de 2 millones de euros.

El fortalecimiento de las relaciones económicas locales trae muchas ventajas: las distancias cortas entre productores y consumidores y entre la generación de materias primas y su utilización generan más independencia económica y fiabilidad para el abastecimiento de una región. Fomentan la transparencia y la confianza en la calidad del producto, tienen efectos positivos en la generación de ingreso y empleo y ayudan a reducir el volumen del tráfico. De la misma forma, pueden fortalecer la influencia directa de los ciudadanos, mejorar las relaciones sociales, así como facilitar una cooperación más estrecha entre la economía, la política y los actores de la sociedad civil en la búsqueda por soluciones duraderas y sostenibles para los problemas regionales (Agenda 21). En el ámbito cultural, fortalecen la autoestima y la identidad; en el ámbito ecológico, contribuyen a la creación de ciclos productivos para los recursos. Es mucho más fácil generar equilibrio entre la sostenibilidad ecológica, económica y social en el ámbito regional, que a escala mundial. Asimismo, los espacios de maniobra de la política, frecuentemente, son mucho mayores en el ámbito regional que en contextos más amplios.

Por tanto, la política regional ya no debería centrar sus instrumentos de fomento, tal y como lo ha hecho hasta ahora de forma prioritaria, en el paradigma convencional de crecimiento orientado según los principios del mercado mundial. Más bien, los instrumentos de fomento de la economía y la agricultura deberían ofrecer un apoyo eficaz a las pequeñas y medianas empresas. El establecimiento de cadenas regionales de creación de valor, así como la comercialización de productos y servicios regionales, deberían recibir trato preferencial; la tasa y los aranceles podrían utilizarse como instrumentos de encauzamiento hacia los principios ecológicos.

Compartir el trabajo de forma justa

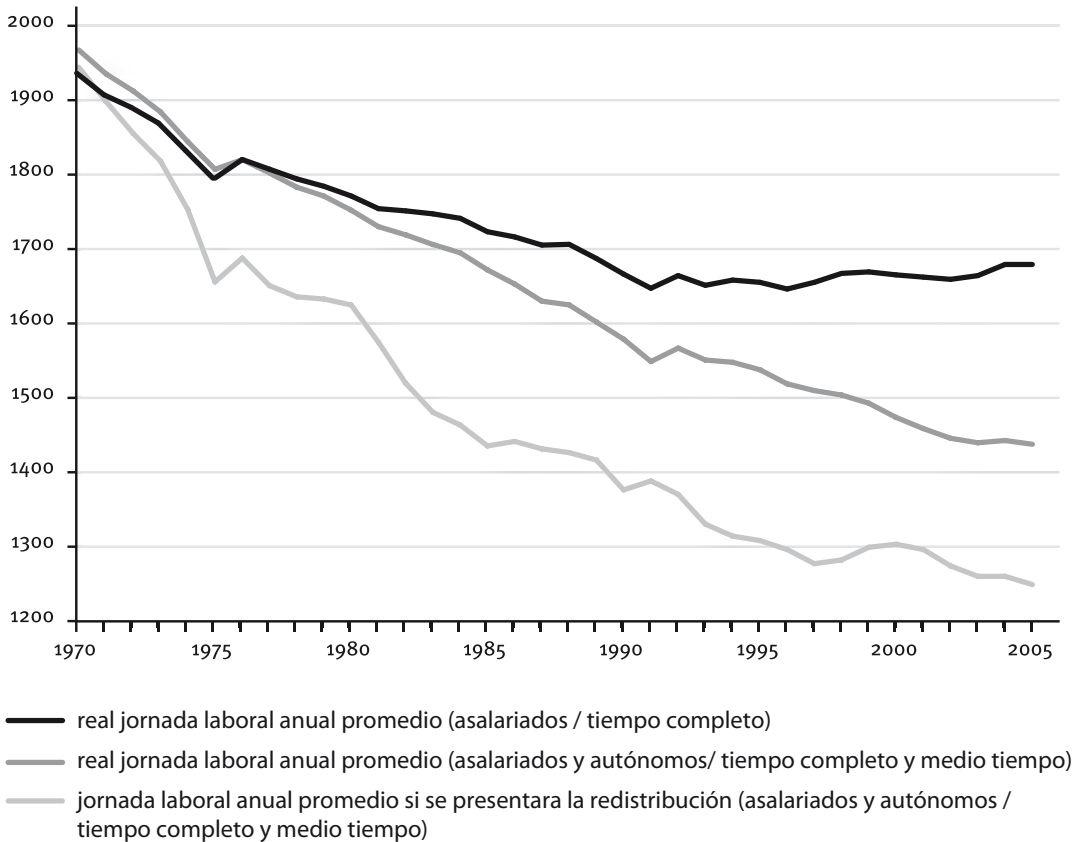
Una parte indivisible de la sostenibilidad de una sociedad es la justicia social. Aspectos centrales son la distribución y el reparto de todo el trabajo, tanto del empleo remunerado como del trabajo de cuidado en el ámbito doméstico y del trabajo voluntario en pro del bien común. Puesto que desde hace mucho tiempo se ha visto que la recuperación del pleno empleo, en el sentido convencional, es una quimera, ahora tienen que desarrollarse nuevas formas realistas de ocupación. El trabajo para los unos y el desempleo para los otros podrán ser reemplazados por horas laborales más cortas y flexibles para todos. De forma paralela, tiene que revalorizarse, desde la perspectiva social y pecuniaria, la “otra parte” del trabajo, a saber, las actividades de cuidado, para fomentar, entre otros aspectos, la justicia de género.

Los beneficios son múltiples; por ejemplo, mejor estado de salud a causa de la reducción de las cargas psíquicas y físicas y mayor tiempo para el ocio. Los hombres y las mujeres tendrían igualdad de oportunidades para participar, según sus necesidades, en el empleo remunerado. Asimismo, cambiaría la división de los papeles entre los géneros y se abriría un nuevo

espacio para el reparto de las tareas familiares. Las horas laborales recortadas podrían, también, cambiar las costumbres de consumo, reducir el empleo de recursos, y contribuir a un menor consumo energético y a una más baja contaminación medioambiental. En el ámbito de la política social, una distribución más justa del empleo remunerado reduciría la problemática del desempleo y crearía una base más amplia para financiar el sistema de seguridad social.

El reto al que tiene que enfrentarse la política, por un lado, es garantizar la distribución y la remuneración justas del empleo, así como un sistema de seguridad social estable. Por el otro lado, tienen que crearse las condiciones sociales y financieras para la revalorización del trabajo de cuidado y del trabajo voluntario en pro del bien común. Para ello, son necesarios una iniciativa de formación y cualificación, la introducción de un salario mínimo nacional, y un impuesto negativo sobre la renta. También forma parte de ello, en una perspectiva a más largo plazo, una seguridad básica, por ejemplo, por medio de una renta básica garantizada. Con ello, dejaría de existir el vínculo entre seguridad social y empleo remunerado. Esta nueva política social, que tiene que abarcar todas las formas de trabajo, asume las funciones de la seguridad social y de la prestación de los servicios públicos esenciales, con el fin de hacer posibles las actividades sociales y el desenvolvimiento de las capacidades humanas. Todo se centra alrededor de la ampliación extensa de los bienes y servicios públicos, los cuales, en el marco de la seguridad básica, deberían ser puestos a disposición de todas las personas de forma gratuita.

Gráfica hipotética: nivel de jornada laboral si el volumen de trabajo se distribuyera de forma equitativa respecto al potencial laboral de cada persona 1970 – 2005



Alemania sostenible en un mundo globalizado, p. 433

Camino hacia una política interior mundial

Todos los ámbitos de la política tienen que orientarse más hacia la sostenibilidad y la protección del clima. Dado el hecho de que, debido a las diferentes crisis medioambientales, todos los países del mundo están inevitablemente entrelazados, es necesaria una política interior mundial, en la cual sean, sobre todo, las políticas de asuntos exteriores, del medioambiente y de desarrollo, las que coincidan en su orientación. Tal política medioambiental cooperativa será el criterio decisivo para determinar, junto

con las políticas de seguridad y de comercio global, si el mundo sigue siendo gobernable.

Una condición para el éxito de tal política es la justicia. Hasta el momento actual, todas las negociaciones acerca de la protección del clima, en cuanto a la conservación y aprovechamiento, en pie de igualdad, de la diversidad biológica, así como para la cesación de la destrucción de las selvas naturales, están bloqueadas, en gran parte, porque los países industrializados y los países en vías de desarrollo se echan la culpa y se imputan la responsabilidad mutuamente, tanto por las causas de la destrucción, como por las posibles soluciones. Para evitar esta situación, es menester

encontrar mecanismos encaminados a equilibrar los más diversos deseos, exigencias y necesidades de los ricos y de los pobres.

En este sentido, solo podrá superarse el bloqueo actual en la política climatológica, si los países industrializados reducen considerablemente sus propias emisiones y empiezan a cambiar a una base energética solar. Solo así se creará el espacio necesario para el desarrollo del Sur. Además, los países en vías de desarrollo requieren ayuda financiera y tecnológica para poder dar el salto hacia la era solar. Sobre todo, los países más pobres necesitan ayuda adicional en la adaptación al inevitable cambio climatológico.

En segundo lugar, son necesarias reformas institucionales. Instituciones internacionales, como el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, PNUMA, que tienen encomendada la protección del medio ambiente, así como las organizaciones internacionales de Derechos Humanos, tienen que ser reformadas y fortalecidas con el fin de capacitarlas para hacer frente a las fuertes organizaciones multilaterales de comercio, como la Organización Mundial del Comercio, OMC, y a las instituciones financieras internacionales, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, FMI. En vez de seguir fomentando un “desarrollo recuperativo” con todas las conocidas consecuencias ecológicas, económicas y sociales, el FMI y el Banco Mundial deberían subvencionar la transición hacia una sociedad solar. Asimismo, es necesaria una participación del sur en pie de igualdad, dentro de sus órganos de decisión, así como una mayor transparencia y la obligación de rendir cuentas. Por medio de una organización fiduciaria global, además, la atmósfera terrestre podría sustraerse del dominio de los poderes económico y político, y pasar a un régimen de aprovechamiento común. De este modo, los derechos de contaminación se repartirían de forma justa y se reduciría la sobrecarga de la atmósfera.

Los conflictos solo podrán evitarse o solucionarse con éxito si la política se interpreta

como una política de la Tierra, cuyo marco de referencia ya no es el mero interés nacional, sino el bienestar común global. Una condición importante de una arquitectura sostenible global es que los tratados internacionales relativos a los Derechos Humanos y el medio ambiente gocen de preferencia general sobre los acuerdos comerciales.

Responsabilidad en las cadenas productivas globales

En una economía globalizada, en la que toda la cadena económica es global y entrelazada, desde la producción hasta el consumo, empezando con la explotación de las materias primas, pasando por su elaboración y la venta minorista hasta el proceso de eliminación, la responsabilidad de las empresas, de los consumidores y de la política no termina en las fronteras nacionales. El consumo de recursos, la contaminación medioambiental y las condiciones laborales indignas, con frecuencia, en puestos de trabajo de mujeres, son problemas centrales de las cadenas productivas y de creación de valor globales, que requieren una solución conjunta, determinada por sueldos suficientes y precios justos que, por un lado, reflejen los costes ecológicos de la producción y, por el otro, generen una distribución justa de la creación de valor.

Las empresas deben actuar directa e inmediatamente. Por medio del traslado de la producción a otros países, para ellas es más fácil traspasar los costes sociales y ecológicos hacia los países en vías de desarrollo que a los países industrializados. Los estándares nacionales de trabajo y algunos Derechos Humanos básicos, como los convenios de trabajo de la Organización Internacional del Trabajo, OIT, internacionalmente reconocidos, son frecuentemente violados en aquellos países. Muchas veces no se permite la creación de sindicatos y los sueldos básicos se mantienen, intencionalmente, en un nivel muy inferior. Y casi siempre, solo una parte

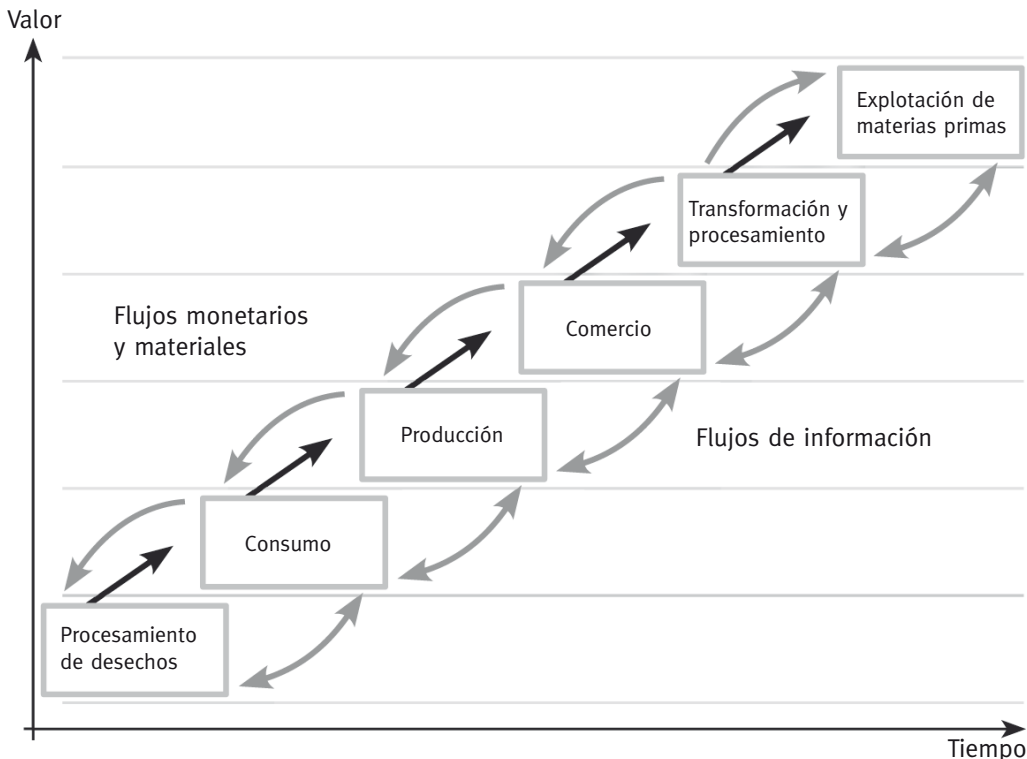
diminuta de la creación de valor se queda en los países más pobres. Por ello, las ganancias y los costes sociales y ecológicos se reparten de forma muy desigual entre los inversores, los países y las poblaciones.

Un enfoque de cómo puede implementarse mejor la responsabilidad empresarial son compromisos y actividades de las empresas, adquiridos voluntariamente, de tener en mayor consideración los aspectos sociales y ecológicos en sus actividades. Está creciendo el número de empresas que hacen profesión de fe sobre su Responsabilidad Social Empresarial o Corporativa, básicamente, porque temen el poder de los consumidores en el mercado, quienes ahora se han hecho más críticos debido a las campañas de la sociedad civil en contra de las violaciones de normas sociales y a casos de contaminación del medio ambiente. Con el propósito de fijar estándares sociales y ecológicos para las empresas, en sectores como la producción textil, la cafetera y la

silvicultura, diferentes organizaciones medioambientales y sindicatos cooperan con empresas y, a veces, con organizaciones estatales (iniciativas de múltiples stakeholders). Un ejemplo de tal iniciativa es el Consejo de Manejo Forestal (FSC, por sus siglas en inglés: Forest Stewardship Council), que otorga un certificado para maderas producidas en un régimen de silvicultura sostenible.

También, los consumidores pueden contribuir por medio de su comportamiento de compra, para que toda la historia de un producto, desde su origen hasta la eliminación final, sea más sostenible. Los certificados correspondientes, como los de comercio justo y los sellos ecológicos, pueden servirles de guía. Asimismo, el Estado, las autoridades y las iglesias, en calidad de consumidores institucionales, deben tener en cuenta en sus políticas de aprovisionamiento los estándares sociales y ecológicos. Sus decisiones tienen peso y, además, sirven de modelo.

Gráfico esquemático de la cadena global de creación de valor



El comercio puede ser justo

La idea de las relaciones de comercio justo entre consumidores del norte y productores del sur nació en los años 1970, como una forma de crítica al sistema comercial mundial existente.

En un principio, el objetivo era hacer superfluos a los grandes grupos de empresas, poner fin a la explotación del sur, y establecer estructuras comerciales basadas en la justicia en vez de en el máximo beneficio. Con los productores, se acordaron estándares acerca de las condiciones laborales y de los sueldos.

Los precios que reciben por el café, el azúcar, el té, y una gama creciente de otros productos, les garantizan su existencia. Además, incluyen, como complemento a los costes de producción, una prima de comercio justo para el fomento de proyectos comunitarios. Los precios para los productos de comercio justo suelen ser bastante más altos que los precios del mercado mundial. Además, se acuerdan relaciones comerciales de larga duración, que promuevan el desarrollo de organizaciones, como cooperativas de pequeños campesinos y sindicatos. Las compradoras y los compradores no solo reciben un producto con un "valor social añadido", sino también informaciones políticas, a través de las tiendas de comercio justo.

Entretanto, ya se ha logrado dar el salto desde estas tiendas nicho hasta los supermercados. Unos lo celebran, porque significa mayores ventas e ingresos estables para más de un millón de familias productoras. Otros, sin embargo, critican la pérdida de la idea original del comercio justo, es decir, la detracción de las estructuras comerciales establecidas.

Sin embargo, los acuerdos voluntarios y el poder de los consumidores por sí solos no son suficientes para que todas las cadenas globales de creación de valor sean más justas, más ecológicas y más sostenibles. Tienen que ser flanqueadas por un marco de actuación interdisciplinario, que establezca las reglas para todos los actores y garantice la transparencia. La política estatal de ordenamiento, con las correspondientes leyes y estructuras de incentivos, tiene que complementar el carácter voluntario por medio de un mayor perfil vinculante y, si es requerido, mediante sanciones.

Algunos países en vías de desarrollo expresan su oposición frente a los estándares sociales y ecológicos, porque para ellos éstos solo representan nuevas barreras comerciales, que recortan sus ventajas competitivas y crean obstáculos para las exportaciones a los países industrializados. Por tanto, en el desarrollo y en la redacción de los estándares tienen que tenerse en cuenta los intereses de todos, sobre todo los de los productores y trabajadores de los países en vías de desarrollo. Además, en las inversiones en el extranjero debería primar la cooperación en pro del desarrollo, concebida a largo plazo y en pie de igualdad, sobre el afán de generar ganancias a corto plazo con base en las ventajas competitivas que ofrecen los diversos países, por las cuales los países y personas tienen que pagar unos precios social y ecológico altos.

Nuevas reglas en el comercio mundial

Alemania, como campeón mundial de las exportaciones, tiene una responsabilidad especial de velar por que sus relaciones económicas con el mundo sean ecocompatibles, sociales y justas en el plano internacional. Hasta ahora, el fomento de las exportaciones y las inversiones en el extranjero por parte de empresas alemanas, como por ejemplo, por medio del seguro estatal contra riesgos Hermes, primaba sobre la protección del medio ambiente y los Derechos Humanos, suscitando un mayor endeudamiento de los países del sur. Como alternativa, las empresas alemanas podrían recibir apoyo para que contribuyan al fortalecimiento económico del sur por medio de la exportación de productos y procesos de producción de bajo consumo de recursos.

En el ámbito internacional, las reglas que determinan la mayor parte del comercio mundial son negociadas e implementadas por la OMC, organización establecida en 1995. Junto a estos acuerdos multilaterales están adquiriendo cada vez más importancia los pactos bilaterales de

comercio e inversiones, sobre todo desde que la actual ronda negociadora de la OMC sobre más liberalizaciones, la así llamada Ronda de Doha, parece haber fracasado. En el fondo, todas las negociaciones y acuerdos se centran en reducir obstáculos para el comercio y las inversiones, así como en abrir nuevos mercados para el capital global.

Naturalmente, el comercio internacional y las inversiones extranjeras son necesarios. Pero deberían regularizarse de tal forma, que contribuirían a un mayor grado de ecología y justicia en todos los ámbitos de la economía mundial.

Ello implica, por ejemplo, que los gobiernos tienen que seguir disponiendo de suficiente margen de maniobra y flexibilidad para proteger a los productores locales, y así reducir el desempleo y la pobreza. El comercio con productos fabricados de forma justa y social, y ecológicamente sostenible, puede ser favorecido si los productos textiles, en cuya fabricación se hayan violado los derechos de la mujer, por ejemplo, son gravados con aranceles más altos (“acceso cualificado al mercado”). Con el fin de impedir un endeudamiento excesivo de los países, o crisis financieras como las de Asia a finales de los años 1990, debe fomentarse el equilibrio en las balanzas comerciales. Las reglas internacionales relativas a las inversiones pueden utilizarse para implementar los deberes extraterritoriales de los Estados y obligar a las empresas con actividades en el extranjero a respetar los Derechos Humanos de la ONU, los convenios de la OIT, los estándares medioambientales reconocidos internacionalmente y los acuerdos sobre la lucha anticorrupción.

Debe concederse un trato especial y preferencial a todos los países débiles del sur, para que tengan alguna posibilidad de salir adelante en la competencia desigual frente a los países industrializados y umbral. Simultáneamente, el poder de los grupos empresariales transnacionales tiene que ser cohibido, por ejemplo, por medio de la prohibición eficaz de monopolios, carteles y de la competencia desleal. El objetivo es generar un

juego más limpio y justo entre los diferentes actores del mercado.

Además, la política comercial sufre de una carencia de democracia casi total. Escasean los debates públicos y son limitadas las posibilidades de los parlamentos y de la sociedad civil de ejercer influencia. Frente a ello, los grupos de interés, sobre todo, los provenientes de las esferas económicas, tienen un influjo fuerte sobre las negociaciones y decisiones en el marco de la política comercial. Para cambiar esto, tiene que mejorarse el derecho de co-gestión del Parlamento Europeo y del Parlamento Alemán. Los procesos de toma de decisión en todos los ámbitos tienen que ser más transparentes para los afectados y para la sociedad civil. Asimismo, tiene que facilitarse una co-gestión activa. Además, la política comercial tiene que ser concordante con los objetivos de las políticas de medio ambiente y desarrollo, y no antagónica, tal como ha ocurrido con frecuencia en el pasado.

Las ciudadanas y los ciudadanos ejercen su influencia

El desarrollo sostenible requiere la coparticipación de las ciudadanas y los ciudadanos. Son necesarias nuevas iniciativas cívicas para crear, en los más diversos niveles, un contrapeso a la economía privada y a la administración, que no siempre dan preferencia al tema de la sostenibilidad.

En el ámbito local, las posibilidades de participación política son especialmente grandes. Pero una precondition para ello es que se informe de forma amplia y oportuna a ciudadanas y ciudadanos sobre planificaciones y decisiones. Esto es especialmente cierto para determinados grupos de la población, como niños y niñas, jóvenes y migrantes, quienes tienen menos posibilidades de hacer valer sus intereses. Además, la participación ciudadana no debe ser abusada por la administración como opción para deshacerse de la operación de canchas de deporte o de piscinas públicas, o para limitar los servicios públicos que se han ofrecido.

“Los rebeldes eléctricos de Schönau”

Después de la catástrofe nuclear de Chernóbil, en 1986, los ciudadanos y las ciudadanas de la pequeña ciudad de Schönau, localizada en la Selva Negra, al sur de Alemania, decidieron comprar solo electricidad que no proviniera de generación nuclear. Para tal fin, compraron la red de electricidad local, y en 1991 fundaron su propia empresa suministradora, la llamada Elektrizitätswerke Schönau. El proyecto se hizo realidad gracias a donaciones y socios privados, la mayoría de ellos, ciudadanos de la misma Schönau. La electricidad proviene de instalaciones solares, centrales hidroeléctricas y plantas de ciclo combinado de menor impacto climático. Desde la liberalización del mercado eléctrico, la gente de Schönau vende su electricidad ecológica en toda Alemania y abastece a más de 50 000 clientes

Para las personas con conciencia política existen muchas posibilidades de actuación: la ampliación de las energías regenerativas, diversas medidas para el ahorro energético, la configuración de un sistema de transporte local que mejore la calidad de vida en la ciudad y el comportamiento de la movilidad, hermanamientos entre ciudades y proyectos con personas en otras partes del mundo, y trabajo de formación relativo a la política de desarrollo. La democracia y el Estado de Derecho ofrecen múltiples posibilidades para:

- **co-debatir**, por ejemplo, en procesos de planificación urbana, como en la elaboración de un plan de ordenamiento territorial, de desarrollo urbano, o de un programa de protección del clima;
- **co-impedir** que se privaticen instituciones públicas, como por ejemplo, las compañías de servicios públicos, o que proyectos destructivos gigantescos, como carreteras, aeropuertos y nuevas centrales eléctricas de grandes dimensiones, consoliden un desarrollo nada sostenible durante los decenios venideros;
- **co-debatir**, por ejemplo, en procesos de planificación urbana, como en la elaboración de un plan de ordenamiento territorial, de desarrollo urbano, o de un programa de protección del clima;
- **co-realizar** en un ámbito en el que grupos de ciudadanos, como coproductores de la mano pública, asuman la prestación de servicios comunales, como la generación de electricidad.

En los procesos de planificación de proyectos puede formalizarse una reclamación y puede apelarse a un juzgado. Las consultas ciudadanas y los referendos, como distintas expresiones de la “democracia directa”, son otras posibilidades de implicarse

Lo privado es político

La propia forma de vivir puede servir para ejercer influencia. Por ejemplo, un consumidor, cuando decide comprar algo, piensa de forma política, o sea, como ciudadano que tiene en cuenta las posibles cargas medioambientales y los intereses de aquellos que viven en peores condiciones. Las necesidades básicas de comer, de vivir y de tener movilidad, pueden satisfacerse de una forma menos perjudicial para el medio ambiente y los productores, de lo que se ha hecho hasta el momento. Conceptos y soluciones innovadores facilitan cambios en el comportamiento del consumo, sin tener que conformarse con menos bienestar. No obstante, esta nueva interpretación del consumo y del estilo de vida será, más bien, el lujo de aquellos que no tienen necesidad de economizar.

Este proceso comienza con la compra estratégica: por medio de la selección de productos biológicos regionales y de comercio justo, o con un consumo reducido de carne, los consumidores pueden influir en la perseverancia y en la abolición de los abusos ecológicos y sociales. Ahora, la vivienda: los nuevos edificios pueden ser libres de emisiones; en las edificaciones ya existentes, con frecuencia, se pueden aprovechar muchas posibilidades de ahorrar recursos, por ejemplo, el calentamiento solar de agua y los aparatos con mayor grado de eficiencia energética. Los inversores pueden depositar su dinero en fondos ecológicos o parques eólicos, y rechazar la compra de acciones de aquellas empresas que tengan la reputación de violar las normas medioambientales o los derechos laborales. Los propietarios de automóviles pueden ahorrar combustible al limitar, de forma voluntaria, su velocidad de circulación, y hasta renunciar del todo al automóvil y desplazarse en bicicleta, mediante transporte público, o afiliarse a un proyecto de automóvil compartido (*car-sharing*).

La Iglesia, una fuerza en el mercado

Existen estimaciones según las cuales las dos mayores Iglesias cristianas en Alemania, incluyendo organizaciones afines como Caritas, Orden de San Juan y Diaconía, adquieren para su trabajo aproximadamente 120.000 vehículos al año. Si aprovecharan este poder en el mercado y compraran vehículos de menor consumo de combustible, darían más credibilidad a su llamamiento de "salvaguardar la creación" y, además, sentarían un ejemplo para un cambio de orientación. Ya se ha dado el primer paso: desde enero de 2008, el proyecto "Comprar el futuro" analiza el comportamiento de compra de las iglesias, con el fin de orientar sus procesos de suministro bajo criterios ecológicos y sociales.

Un nuevo estilo de vida sostenible en el que se dé prioridad a una utilización consciente de los bienes, en vez de consumirlos y desgastarlos, no solo podrá contribuir a ahorrar recursos, sino también a generar mayor satisfacción personal. Un recorte de las horas laborales puede producir más tiempo de ocio y, así, aumentar la felicidad de los individuos, ya que esto da más espacio a las relaciones sociales y a los proyectos personales. De acuerdo con los dogmas clásicos, la felicidad se alcanza más rápido y con mayor seguridad por medio de la reducción de las necesidades, y no por un afán cada vez mayor de satisfacerlas.

Los actores del nuevo rumbo

¿Una Alemania sostenible en un mundo globalizado? Esa es una cuestión que atañe directamente a la base de nuestro modelo de civilización. Pensemos en un buque petrolero, un gigante de acero impulsado por un motor de combustible fósil, difícil de maniobrar, que representa un gran peligro para el medio ambiente. Ahora, imaginemos que este buque se transforma en un velero de alta competición, una nave ligera y flexible, impulsada por una energía eólica renovable; si bien su rendimiento y su velocidad son menores que los del buque, esta nave no contamina y no representa peligro alguno para el medio ambiente. Ambos cumplen con el objetivo de transportar personas y bienes: uno, sin daño alguno a la biosfera, el otro, como un coloso que devora la naturaleza.

Para poder afrontar en todos los ámbitos, local, nacional y global, los desafíos de una Alemania sostenible en un mundo globalizado, es decisivo tener en cuenta los siguientes aspectos.

- Es necesario que utilicemos menos recursos, especialmente, menos combustibles fósiles, y que desarrollemos una iniciativa rumbo hacia una sociedad de ahorro energético; para esto, requerimos un cambio en tres ámbitos: en el sector energético, en el tráfico y transporte, y en la agricultura.
- Esto también contribuye a la sostenibilidad económica, ya que se reduce la dependencia y los conflictos. Para hacer la economía más resistente a las crisis y más orientada hacia la sostenibilidad, se requiere regular los mercados y reducir la prioridad de los intereses del capital.

La compensación social y la justicia requieren la aplicación de una nueva política de trabajo y participación, acompañada de medidas destinadas a una nueva distribución del ingreso y del patrimonio.

Tecnológicamente, desde hace mucho tiempo, es posible construir este nuevo velero. Para provocar un viraje en el sector energético, se tienen ya a disposición formas renovables de energía y estrategias de ahorro, gracias a las cuales es posible sanear edificios, modernizar instalaciones industriales y reducir el gasto de energía de los aparatos eléctricos. Algunas de las medidas que se requieren para un nuevo rumbo en el sector del tráfico, son la ampliación de sistemas de transporte público, normas de consumo más estrictas y un impuesto sobre el kerosene para el tráfico aéreo. La agricultura biológica podría provocar un nuevo panorama agrario que logre suplantar las prácticas de explotación de alto consumo energético.

Mientras los gobiernos, prácticamente, permanecen inactivos, afortunadamente existen grupos de científicos, de empresarios, de la sociedad civil, y asociaciones en diversos países, que han desarrollado los conocimientos y las prácticas que permiten que la sociedad sea más verde y justa. Uno de los preceptos básicos de este “movimiento sin nombre” internacional es: Los derechos de los seres humanos y la red de vida de la naturaleza son más importantes que los bienes materiales y el dinero.

Allí, se desarrollan diversas iniciativas y actividades a pequeña escala, desde la agricultura biológica, hasta proyectos de comercio justo; desde viviendas de consumo energético nulo, hasta proyectos de industria solar; desde iniciativas de cooperación de vecinos, hasta redes de investigación global, pasando por jardines interculturales. El establecimiento de sectores económicos ecológicamente justos y la utilización de energías renovables se desarrollan positivamente. Al menos en Europa, ha tenido éxito la oposición contra la aplicación de la ingeniería genética en alimentos. Las empresas realizan experimentos con el

diseño de productos y con procesos de fabricación ecoeficientes con un menor nivel de empleo de recursos. Los municipios aplican medidas de reducción del tráfico y de remodelación de edificios, con el objeto de reducir el gasto energético.

No obstante, esto no es suficiente para provocar el requerido cambio en nuestra civilización. Si bien los pioneros de este cambio poseen las soluciones más efectivas y, asimismo, gracias a su fuerza de persuasión y a la construcción de redes ostentan una buena porción de influencia, tales actividades e iniciativas deben ser transpuestas a una mayor escala. Dicha remodelación solo podrá consumarse con el apoyo masivo de las instancias políticas. Esto se aplica, en mayor medida, a una ordenación justa de la economía mundial.

Para que el Estado, como representante legítimo del bien común, pueda participar en el desarrollo positivo de este bien, será necesario reordenar la primacía de la política. Las instancias políticas necesitan una nueva autoestima. Es necesario reducir la predominancia de los intereses del capital en los procesos de formación de opinión y de toma de decisiones, y mitigar la dependencia del Estado frente al sector industrial, es decir, frente a los grupos de presión de los sectores económicos. De la misma forma, es necesario contener el desmantelamiento de la autoridad estatal por parte de las corrientes políticas neoliberales. Del compromiso para con el bien común derivado de la propiedad, tal como se estipula en la Constitución alemana, emerge no solamente una responsabilidad social, sino también la obligación de preservar el medio ambiente natural.

En consecuencia, la política deberá establecer directrices y barreras sistémicas que regulen el comportamiento de consumidores y productores. Las empresas tendrán que aceptar, entre otras normas, que sus productos y procesos de producción deben cumplir estándares sociales y ecológicos más estrictos. Además, el monopolio natural sobre las redes de suministro de electricidad, de agua y de gas deberá permanecer en el poder público.

De la misma manera, en el marco de la política comercial será necesario trabajar para imponer la sostenibilidad. El medio ambiente y los Derechos Humanos deberán constituir la base normativa de las relaciones de comercio internacional, para aplacar los daños y maximizar los beneficios. Será necesario abolir las **subvenciones a las exportaciones** en los países del norte, pues perjudican la producción en los países pobres, ya que causan una reducción de los precios de los productos y llevan a la ruina a los campesinos y a las campesinas locales. Los **tratados comerciales** deberán garantizar que las relaciones comerciales fomenten los Derechos Humanos y la protección al medio ambiente. De la misma forma, es necesario que se reconozca el derecho de los países en desarrollo a regular los volúmenes y la calidad de sus importaciones, con el fin de, por ejemplo, proteger a los pequeños productores y garantizar la plena soberanía en su alimentación. Las **empresas multinacionales** deberán asumir el real compromiso de respetar plenamente los estándares sociales y ecológicos.

Por regla general, este progreso no acontece sin conflicto alguno: manifestaciones en contra de centrales termoeléctricas de carbón y nucleares, cadenas humanas en protesta de las cumbres económicas mundiales, y disputas en los parlamentos. Esta transformación deberá imponerse ante fuertes grupos de interés y patrimonios poderosos que, además, al pregonar ideas obsoletas como soluciones del futuro, bloquean el viraje que se requiere. Tales postulados obsoletos son, por ejemplo, más exportaciones de productos alimenticios, una nueva “revolución verde”, más tecnología transgénica, centrales termoeléctricas de carbón, energía atómica y un mayor cultivo extensivo de agrocombustibles.

Los aliados de la política pueden encontrarse en algunas instancias de la industria pero, sobre todo, en la sociedad civil. Sin un fuerte compromiso de la sociedad civil no podrá alcanzarse el viraje que se requiere para que Alemania se prepare para encarar el futuro. Mucho dependerá de si el nuevo “movimiento sin

nombre” internacional logra ganar suficiente terreno en el camino hacia un mundo sostenible y puede establecer a tiempo las pautas necesarias para afrontar el nuevo rumbo.

Este cambio exige, principalmente, una visión que vaya más allá de su ámbito de acción acostumbrado, la redificación de ideas y acciones, y el desarrollo de nuevas formas de cooperación. Esto implica, por ejemplo, que las empresas se den por satisfechas con tasas moderadas de rentabilidad, y que los políticos abandonen sus prácticas políticas fugaces y den preferencia a estrategias políticas a largo plazo y sostenibles, que no den siempre predominancia a Alemania como actor económico en el concierto mundial de la competitividad. Así, el grado de bienestar de las ciudadanas y los ciudadanos no estaría determinado por el consumo, y la caza del mejor precio dejaría de ser su principal deporte. Los sindicatos no se limitarían a representar únicamente los intereses de sus afiliados, sino que también se enfocarían en la defensa de los derechos de los desempleados y de aquellos que perciben muy bajos salarios. En las regiones de riqueza del planeta, los inversores, las empresas y los consumidores deberían estar dispuestos a ceder parte de su bienestar y de su poder en pro del bienestar de la naturaleza y de los seres humanos desfavorecidos.

Pero también, sería necesario modificar las relaciones entre el Estado y los ciudadanos con el fin de obtener una mayor aceptación para dichas medidas de remodelación, ya que éstas exigirán su participación activa y sacrificios, al mismo tiempo que ocasionan un aumento en los costes de la vida cotidiana. Las medidas implementadas deberán ser lógicas y transparentes y tendrán que aplicarse en todos los sectores de la sociedad, de acuerdo con sus capacidades económicas. Una política medioambiental que no sea, al mismo tiempo, una política social está destinada a fracasar. Si la desigualdad social sigue creciendo no será posible conseguir sostenibilidad. Por tal razón, es necesario concertar un nuevo pacto social que regule y pacifique las relaciones entre el Estado, la industria y la sociedad civil; entre la raza humana y la naturaleza; entre los países pobres y los ricos.

De ninguna forma hay motivo para un optimismo desmedido. Sin embargo, una y otra vez, hechos sorprendentes en el mundo, como la caída del Muro de Berlín o la victoria del movimiento anti-apartheid en Sudáfrica, nos han mostrado cuán impredecible es el curso de la historia de la humanidad. El periodista, político y filósofo italiano Antonio Gramsci lo resumió así en su famosa frase: “El pesimismo es un asunto de la inteligencia; el optimismo, de la voluntad.”

Alemania sostenible en un mundo globalizado – Desafíos para todos

El mandato para todos los ciudadanos y las ciudadanas: vivir atentos.

En nuestra vida, como personas consumidoras, que vivimos en una casa, que viajamos o nos desplazamos para ir a nuestro puesto de trabajo, en la vida en nuestro pueblo o barrio, debemos adaptar nuestro estilo de vida a los requerimientos impuestos por la responsabilidad global: no contribuir al gasto excesivo de la biósfera y los recursos naturales, no satisfacer las propias necesidades a costa de otras personas.

No obstante sería ingenuo creer que la simple comprensión de interrelaciones y necesidades es suficiente para modificar el comportamiento individual en la medida requerida. Por tal razón, el gran desafío de la economía e industria es asumir su plena responsabilidad respecto a los principios de sostenibilidad. El patrocinio de eventos culturales o deportivos o las obras de beneficencia no son suficientes. Más bien de lo que se trata es de frenar la externalización de los costes sociales y ecológicos y, a cambio de esto, ofrecer productos y servicios de bajo consumo de recursos que faciliten a los consumidores y consumidoras la adopción de un estilo de vida sostenible.

Salvo algunas menores excepciones, no será suficiente solamente tener claro este concepto para que el sector económico e industrial comience a cuestionar el principio de maximización de las ganancias en pro del bien común ecológico y social.

Por este motivo, el Estado tiene la tarea de ofrecer a consumidores y empresas los incentivos apropiados para este fin. El Estado debe aprovechar todas las posibilidades de la política

de ordenamiento existentes y, además, recuperar su margen de maniobra. Esto se aplica en el ámbito nacional e internacional, por ejemplo, en el marco de las Naciones Unidas o la Organización Mundial del Comercio.

No obstante, el poder estatal debe ser limitado y controlado por la opinión pública. Es decir que es requerido fortalecer la posición de los medios de comunicación y las organizaciones no gubernamentales. Sin embargo, también debe evaluarse el trabajo de las ONG desde la perspectiva de su contribución al desarrollo sostenible.

Asimismo, las iglesias también deberán asumir un papel decisivo y ejemplar en el futuro proceso de cambio de rumbo en nuestra sociedad. Ellas deberán fortalecer sus actividades en pro de una sociedad sostenible; asimismo, deberán integrar los principios de sostenibilidad en sus estructuras, trabajo y actividades. En este contexto podrían basarse en el debate ecuménico relativo a un mundo futuro en el que reine la paz, la justicia y la integridad de la creación.



Servicio de las Iglesias Evangélicas en Alemania para el Desarrollo (EED)

Ulrich-von-Hassell-Str. 76, 53123 Bonn, Alemania

Teléfono +49 (0)228-8101-0

www.eed.de



BUND – Amigos de la Tierra, Alemania

Am Köllnischen Park 1, 10179 Berlin, Alemania

Teléfono +49 (0)30-27586-469

www.bund.net



Pan para el Mundo

Stafflenbergstr. 76, 70184 Stuttgart, Alemania

Teléfono +49 (0)711-2159-0

www.brot-fuer-die-welt.de